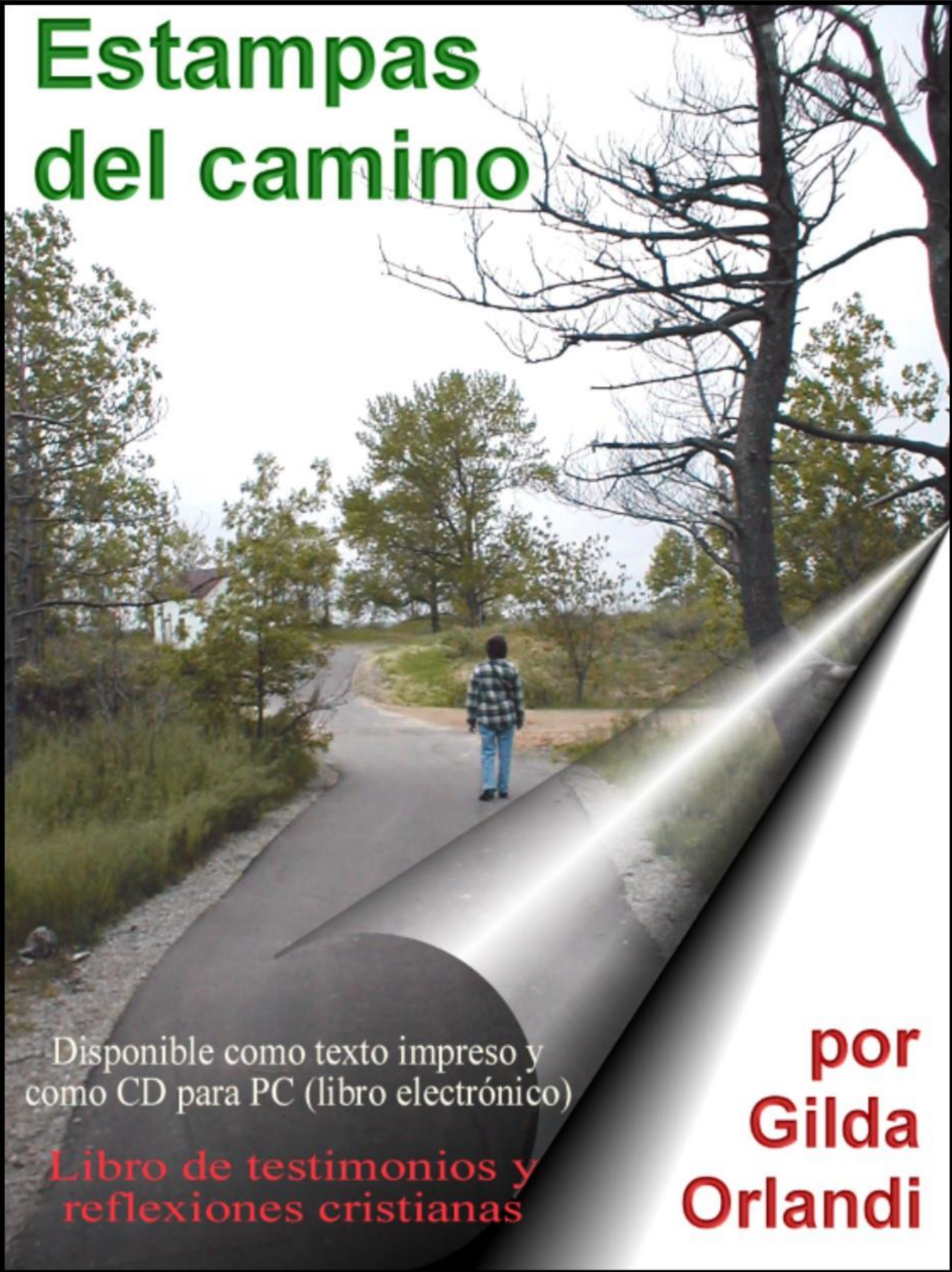


Estampas del camino

A photograph of a person walking away from the camera on a paved path that curves through a wooded area. The person is wearing a plaid shirt and jeans. To the right, a large, leafless tree stands prominently. In the background, a house is partially visible through the trees. The sky is overcast. A diagonal graphic element, resembling a rolled-up scroll, separates the title from the author's name.

Disponible como texto impreso y
como CD para PC (libro electrónico)

**Libro de testimonios y
reflexiones cristianas**

**por
Gilda
Orlandi**

Estampas del Camino

*Recopilación de artículos y ensayos de reflexión de
Gilda Orlandi*

Diseño de portada: Gilda Orlandi

ISBN 0-9724104-0-6

/R\ Gilda Orlandi, 2002

© Copyright 2002, Gilda Orlandi

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin la
autorización de la autora.

Impreso en San Juan, Puerto Rico, 2002

Imprenta del Sistema Universitario Ana G. Méndez

Indice

1. Agradecimientos
2. Prólogo
3. Chocolate en la Plaza Mayor
4. Ave sin rumbo
5. El mejor regalo nos lo hizo Dios
6. Sobre la tierra paz
7. Año nuevo, vida nueva
8. Caminemos en la luz
9. En las manos del alfarero
10. Vosotros sois la sal de la tierra
11. La naturaleza nos habla de Dios
12. Tú puedes empezar de nuevo
13. Salida para tu crisis
14. A ti volvemos nuestros ojos
15. Raíces de amargura
16. En la fragua del dolor
17. Por nada estéis afanosos
18. Mirad las aves del cielo
19. Lo débil del mundo escogió Dios
20. A imagen de Dios
21. Reflejos de Cristo
22. En la brecha
23. Buscando lo excelente
24. Tiempo de decidir
25. Venciendo las tentaciones
26. Hay que ser como un niño
27. Despierta al niño que duerme en ti
28. De la amistad
29. La flor del camino
30. Fantasía del Año 2300
31. Breves pensamientos de un árbol
32. Referencias
33. Acerca de la autora

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Mariel Echegaray, por abrir la puerta para que mis artículos se publicaran en “El Nuevo Día”.

Gracias, pastor Daniel L. Flores, por la confianza depositada en mí y por conceder un espacio semanal en la revista “El Vigía” para mis escritos.

Gracias, Diana Flores, por tu amor fraternal, por tus consejos y tus oraciones.

Gracias, Maggie Natal, por tu amistad y tu apoyo, por tus oraciones y consejos, por dejarte usar por el Señor, por confiar en mí y por alentarme a seguir escribiendo.

Y por supuesto, GRACIAS, SEÑOR, porque eres la fuente de inspiración, porque sin ti, nada puedo hacer. ¡Recibe TODA la gloria!

Prólogo

En el instante de nuestro nacimiento comienza nuestro viaje camino a Dios. Algunos pensadores describen la vida nuestra como un sueño de Dios. Nosotros sabemos que no es un sueño. Dios tiene un propósito definido con la vida de cada ser humano. El Dios eterno nos ha creado para la eternidad. Todo lo demás es pasajero. “El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17). La voluntad de Dios es que todos seamos salvos mediante la fe en Jesucristo, único camino al Padre.

Nuestra vida se podría describir como un peregrinar hacia la eternidad. El destino final depende de nuestras decisiones aquí en la tierra. Unos disfrutarán finalmente de la vida eterna. Otros sufrirán la muerte eterna.

En nuestro peregrinar temporero por esta tierra, camino a Dios, sucesos, personas, y palabras estampan nuestras vidas. Algunas dejan huellas positivas. Otras, nos hieren. A través de todas, crecemos. Nosotros también dejamos huellas en las vidas de los demás. A veces, pasamos por la vida superficialmente y nos perdemos la mejor parte. Hay lecciones en todo, en las palabras de un niño, en un paisaje de la naturaleza, en el volar de una gaviota, en el llanto de una madre, en un momento difícil, en el dolor, en la sonrisa. Si aprendemos a mirar más allá de las apariencias, descubriremos riquezas inconmensurables, aún en los pequeños detalles de la vida. Debemos aprender a vivir “no mirando las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (2 Cor. 4:18).

Hemos recopilado aquí una serie de artículos, la mayoría de ellos publicados individualmente en revistas y periódicos, inspirados en vivencias que de alguna manera han quedado estampadas en mi vida y que entendemos podrían servir de edificación, refrigerio e inspiración. *“Estampas del camino”* recoge instantes de mi peregrinar que dejaron en mí huellas con sabor de eternidad. Esperamos que estas escritos sean de bendición para sus vidas. Amén.

CHOCOLATE EN LA PLAZA MAYOR

(*Estampa madrileña de los años '70*)

—*"Pero mira como beben los peces en el río,
pero mira como beben al ver a Dios nació.
Beben y beben y vuelven a beber,
los peces en el río al ver a Dios nacer..."—*

El bullicio y la alegría navideña se contagiaba por las calles de Madrid. Miles de transeúntes contentos caminaban rápidamente por los alrededores de la Puerta del Sol. Aquella era una España diferente. El rigor de la vieja España conservadora de los años de Franco, quedaba atrás, y como caballos desbocados se lanzaban a toda carrera los jóvenes de la nueva generación.

A veces me parecía que me había equivocado de lugar, y que en vez de estar en pleno centro de Madrid, me encontraba caminando por las aglomeradas calles del Greenwich Village de Nueva York, repletas de "hippies" endrogados, de melenudos rebeldes, idealistas mordedores de sueños. Yo también fui una de ellas, hace unos años.

Teatros con espectáculos al desnudo, películas pornográficas por todas partes, estantes de revistas con temas sexuales y fotografías indecorosas al despliegue, en fin, todo lo que antes era prohibido y censurado. Las paredes del metro empapeladas con consignas y llamados a la revolución social. Los jóvenes adolescentes, casi niños, borrachos y endrogados, fumando constantemente tabaco y marihuana. ¿Era aquella la vieja España de que tanto había oído hablar? ¿Era aquella la católica tierra del honor y la hidalguía?

El régimen totalitario y fascista de los años de Franco había terminado. Como era de esperarse, la sociedad que durante tanto tiempo había vivido reprimida, como en una constante olla de presión, se lanzaba ahora a las calles desenfrenadamente, como niños que recién descubren la libertad y no saben qué hacer con ella. Las nuevas corrientes del siglo habían logrado derribar aquel bastión de moralidad, que aunque impuesta y forzada, representaba la vieja España, y allí estaba el resultado. Habían caído en el otro extremo. Un profundo dolor me sobrecogió. —¡Oh, Dios, pobre humanidad!...—pensé. —Si tan sólo supieran...—

Mi estancia en España tenía un propósito diferente al de los demás visitantes. De hecho, no estaba sola. Viajaba con otras siete personas, de diferentes países de América, unidas por un mismo motivo. Todas habíamos sido enviadas para una finalidad muy especial, por alguien también muy especial. Las ocho habíamos obedecido a un mandato de Nuestro Señor, aunque aún no sabíamos a ciencia cierta de qué se trataba.

Yo había sido una joven artista rebelde, como esas que deambulan hoy por las calles del Greenwich Village, o de París, o de Madrid. Yo también me dejé arrastrar por la corriente avasalladora del siglo. Yo también fui arrebatada por el torbellino de la época, que logró socavar los pilares de la moralidad que mis padres habían querido dejar cimentados, y me lanzó hacia donde no quería ir, inevitablemente. Yo también caminé entenebrecida con la cabeza llena de alucinógenos, y el corazón apretado de rebeldía y soledad.

Pero un día amaneció en mi vida. Un día eterno que aún perdura, y perdurará para siempre. Un

día fui rescatada de aquel mundo de tinieblas, y pude ver. Las vendas de pecado que me cegaban cayeron de mis ojos, y las amarras fueron cortadas. Quedé libre, con esa preciosa y santa libertad que sólo puede existir cuando el que nos liberta es el Señor. Jesús de Nazareth, el Cristo que murió y resucitó, vino a socorrerme y me salvó.

Desde entonces soy otra. Soy criatura nueva y al igual que yo, las siete que me acompañaban. Ellas también habían sido libertadas por el Señor y por algún motivo, había querido El que en aquella navidad, visitáramos España.

La multitud iba de compras bajo las lluvias de la temporada, sin detenerse. A lo largo de la calle de Alcalá, guirnaldas de luces sorprendían de vez en cuando el ir y venir constante, y digo de vez en cuando, porque la crisis energética obligaba al ahorro de luz, y en plena navidad, las bombillas de colores sólo se encendían a ciertas horas por corto tiempo.

No sé qué tiene la Navidad, pero aún los más desalmados materialistas, perciben un aire diferente, y no es el clima precisamente. Es un no sé qué revolviéndose en el alma del hombre, es un gozo interior pujando por nacer, es un cantar del corazón mismo de la humanidad que insiste en salir por encima de las barreras ideológicas, políticas, religiosas, y culturales. Es un grito de esperanza desde lo más profundo del alma humana, que no se puede contener. Y España no era la excepción.

De sobra sabía yo que aquel había sido un país religioso. De sobra había escuchado aquellas historias tan horrendas de las Cruzadas. De sobra había oído de los crímenes cometidos en

nombre de la "Santa Inquisición". Pero también sabía de verdaderos hombres santos, que siempre los ha habido. De hombres que como Cristo, sabían caminar por la tierra sin una piedra donde apoyar su cabeza, con un madero pesado sobre los hombros, y una corona de espinas hiriéndole la frente. Hombres que habían sufrido la muerte de Cristo en carne propia, y que como corderos llevados al matadero, habían sabido morir en silencio, con sólo una palabra de perdón en los labios, y el corazón sangrando de amor. Hombres mártires anónimos que murieron a causa de su fe, por el solo delito de proclamar con sus vidas el mensaje limpio que nos dejó el Maestro de Galilea. Hombres que como El supieron dar sus vidas en rescate de muchos, aún de sus perseguidores. Hombres santos, que los hay, y los ha habido siempre, que no cejan en su esfuerzo de proclamar el bien por sobre toda oposición que se levante. Hombres que compran la Verdad, no con dinero, y no la venden.

Sabía yo que aquella España había padecido largos años de persecución religiosa hacia todos los que no guardaran la doctrina oficial. Sabía yo que apenas comenzaban a abrirse las compuertas para el flujo de nuevas ideas, y de viejas ideas que nunca habían logrado penetrar. Sabía que aquel era un instante crucial en la historia de España.

La religión oficial había defraudado a la mayoría de los fieles, y una ola creciente de ateísmo anárquico era el resultado. La carencia de un fundamento espiritual sólido del cual asirse, dejaba a los hombres a la deriva, a la merced de todo viento extraño y nocivo que se le acercara. Era como un gran rebaño sin pastor.

Una tarde, mientras caminábamos recorriendo las calles cercanas al hotel, por entre el gentío,

vimos a nuestra izquierda, una plazoleta interior rodeada de grandes edificios, repleta de árboles de navidad, globos, panderos, adornos y juguetes para la venta. Inmediatamente dimos un viraje para compartir aquella escena popular.

De pronto, un joven melenudo, con la cara llena de estrellitas luminosas y escarcha pegada en la frente, se acercó a una de nosotras. Con un acento evidentemente andaluz le preguntó: —Anda, ¿tienes chocolate? . Y la sorprendida extranjera replicó: ¿Chocolate? . —Claro, chocolate. Vamos, hierba de Marruecos, hashish. No me vas a decir que no tienes, pues no te lo creo.—contestó el joven. La estupefacta turista le respondió algo turbada, pero decidida:—Bueno, chocolate precisamente, no tengo. Pero tengo otra cosa... tengo a Cristo.

Si extrañada se había quedado mi acompañante de viaje con la pregunta del joven, más sorprendido quedó él con la contestación. ¿Cristo?... Mujer, ¿qué dices? ¿Cómo Cristo? ¿Cristo, Cristo? . Pues claro, ¿qué Cristo va a ser? Cristo.—contestó la mujer. Y allí se inició la conversación más extraordinaria entre tipos más disímiles, que oídos españoles han escuchado.

—Pero, ¿anda sola? Pues vengan todas, las invito. ¿Quieren tomar algo?—preguntó el joven andaluz.—Bueno, sólo chocolate. Pero chocolate chocolate,—contestó la extranjera, y todas riendo, fuimos tras nuestro nuevo amigo el "hippie" malagueño.

—¿Saben?, hace unos días me han matao un amigo chaval allá en Málaga. Pobre. Si hasta le dábamos al chocolate juntos. Es una lástima. Se subió a quitá una bandera... y listo... lo tumbó la guardia. Es una lástima.—Y así fue que supimos la tragedia de aquel joven, cuya noticia había

hecho primera plana en muchos diarios noticiosos. Poco a poco supimos más de la vida de nuestro recién conocido acompañante.

—Perdóname, pero estoy muy "enrollao". No sé cuánto vino tengo en la cabeza. Esperá, voy a comprá unas pastillas. Y sin dar más explicaciones, se marchó dejando sobre la mesa su monedero, con unos papeles de identificación. Fue así que supimos su nombre y procedencia. Pobre chico. Evidentemente, la palabra "enrollao" se refería al estado de su mente, pues además de bebido, estaba endrogado con sabe Dios cuántas mezclas extrañas. Al rato regresó a la mesa.

—¡Mirá, si no se han marchao! , nos dijo.—Ustedes son... "demasiado"... Para soportarme a mí, ¡UY!, eso es grande. Son ... "demasiado"... enseguida nos mostró las pastillas que había comprado. Eran pastillas antidepresivas. Sólo que él las tomaba siempre, y en grandes cantidades. ¡Con razón estaba "enrollao"!

Comenzó a contarnos la historia de su vida. Supimos que era delineante de profesión, que tenía varios hermanos y hermanas que compartían un mismo dormitorio, que admiraba mucho a su hermano mayor, que su madre era una buena mujer trabajadora, y que vivía en una aldea de pescadores de Málaga. Estaba de paso en Madrid, visitando una hermana. El pobre había arruinado su vida y profesión a causa del uso constante y habitual de bebidas y drogas. No sabía cómo salir del torbellino en que se había metido. Era triste su historia, pero muy común en estos tiempos. Aquel joven era de una sensibilidad e inteligencia asombrosa. Parecía dolerle el dolor de toda la raza humana, y se desesperaba al no encontrar solución.—Es que son... "demasiados"... son "demasiados"...,—solía repetir, al referirse a los hombres y sus problemas.

En los instantes breves y esporádicos en que nuestro amigo "hippie" callaba, le hablábamos de cómo podía él ser libertado, de cómo podía comenzar una vida nueva, con la ayuda de un poder sobrenatural divino, pero que está al alcance de todos: el poder de Dios. Yo misma le hablé como testigo de que tal poder es real, y de cómo la persona de Cristo escapa por sobre las barreras religiosas, políticas, e ideológicas que los hombres y los gobiernos implantan, para convertirse en experiencia individual y preciosa, en amigo de cada hombre que le busca.

—En verdad el evangelio de Cristo es muy sencillo. Son los hombres quienes lo complican todo,—decíamos.—Las enseñanzas del Maestro están muy lejos de los enredos filosóficos y teológicos que los hombres inventan con sus mentes naturales. El verdadero evangelio no puede ser aprisionado, ni encajonado, ni limitado a rudimentos de hombres. El evangelio no consiste en vanas palabras de humana sabiduría, sino en demostración del poder de Dios. Está por sobre todos los dogmas de los hombres y sus teorías.—

Nuestro amigo andaluz necesitaba escuchar tales palabras de aliento y esperanza sobre todo en aquella navidad. Hacía más y más preguntas, y rehusaba separarse de nuestro lado. Toda la tarde y la noche, hasta las cuatro de la madrugada, estuvimos departiendo con aquel sensible joven del siglo 20, tan sediento de amor, de justicia y de verdad. Pidió que orásemos por él, y que le escribiéramos desde América. No le vimos más.

Sin embargo, aquel encuentro con Luis, que era su nombre, nos hizo estar concientes de la necesidad tan profunda y del vacío tan grande que había en aquella multitud.

Al día siguiente, emprendimos rumbo nuevamente hacia la misma plazoleta, mas esta vez, lo hicimos acompañadas de guitarras, mandolinas y panderos. En un lugar estratégico, nos situamos, y comenzamos a cantar canciones navideñas de los diferentes países de América que representábamos: Puerto Rico, Cuba, República Dominicana, y Méjico. Un gran gentío nos rodeó inmediatamente. Jóvenes "hippies" con estrellitas pegadas en la frente, ancianos mendigos con los rostros surcados de arrugas y un fuerte olor a tabaco y alcohol, estudiantes, turistas, público en general que estaba de compras, cerca ya de la Noche Buena.

Yo fui la primera en levantarme y hablar. De no haberlo hecho, el corazón se me hubiera reventado en el pecho. —¡Feliz Navidad, amigos!—les dije. —Esto que ven es un grupo de amigas de América, que hemos cruzado los mares hasta la tierra de nuestros abuelos. Es la misma sangre la que corre por nuestras venas. Tenemos una misma madre: España. Tenemos un mismo padre: Dios. Venimos de países diferentes. Verán entre nosotras indias, blancas y negras. Mas hablamos un mismo idioma. Hemos venido a saludarles con cánticos navideños, como hermanas menores en casa de los abuelos. Hemos venido precisamente en Navidad, con un mensaje de amor como aquel que nos trajera quien es el Amor mismo, cuyo nacimiento celebramos en esta temporada. Pero no hemos venido a hablar de religión. Es más que eso. Tampoco hemos venido para hablar contra la religión. No nos interesa. Hemos venido porque cada una de nosotras, puertorriqueñas, cubanas, mejicanas o dominicanas; blancas, negras o indicas; católicas, protestantes o de ninguna religión en particular, hemos conocido al Cristo de la historia. Cada una de nosotras tiene una razón poderosa para decirles a ustedes que Cristo vive. Tiene hoy el mismo poder que tuvo desde el principio. Cada una de nosotras celebra ahora

la Navidad, no como una festividad tradicional más, sino como el más maravilloso acontecimiento que haya visto la humanidad. El Mesías ha nacido y no está muerto. El Mesías ha venido para darnos la libertad. ¿Libertad de qué?, se preguntarán ustedes. Y yo les digo: Libertad del pecado y de la muerte. Libertad del temor. Libertad de la enfermedad y la tristeza. Libertad de todos los males que aquejan al hombre de toda la tierra. Libertad de uno mismo. Conocer al Mesías es nacer de nuevo limpio y santo, para comenzar a ser parte de la solución y no del problema del mundo. No tienes que buscar esa salvación en ninguna parte extraña, ni en personas que no puedan dártela. Ahí, cerca de tu corazón y de tus labios está. Sólo necesitas volverte de tu vida de pecado, y permitirle entrar a El en tu corazón. Permite que El haga de ti una nueva criatura, y disponte a emprender la más maravillosa aventura que hombre alguno pudiera desear: la vida de la mano del Maestro. No se trata de religión. Cristo es más que religión. Ahí donde estás, busca conocerle a El, y verás cómo cada día de tu vida se convierte en una Navidad. Hace unos años, yo hubiera sido tal vez una de ustedes, y les hubiera acompañado con el chocolate, el que se fuma, ustedes saben. Hace unos años, yo no hubiera estado aquí diciendo estas cosas. Pero he conocido al Maestro, y me ha libertado. Conque no les traigo filosofía. Les cuento mi vida.—

Y así, intercalando canciones y palabras, cada una se fue levantando para contar sus maravillosas experiencias de la mano de Jesús. Unas contaban cómo el Señor las había curado milagrosamente de grandes enfermedades para la ciencia incurables, tales como la epilepsia y arteriosclerosis en la coronaria. Otras decían cómo el Señor las había libertado de todo tipo de pecado sexual y de vicios. Otras contaban cómo habían encontrado verdadera paz y fe al conocerle a El. Hubo hasta quien contó cómo el Señor la había levantado de la muerte, cosas

todas de las cuales yo fui testigo.

Terminamos con una oración en alta voz, intercediendo libremente por todos los que así lo deseaban. Fue admirable ver cómo aquellos rostros bañados de lágrimas y cabezas inclinadas, repetían compungidos y sinceros las palabras dirigidas al Señor. Nos dieron sus direcciones, nos pidieron Biblias. Pedían la oración por familiares enfermos. Fue una experiencia tan conmovedora para ellos, como para nosotros. A lo lejos, un guardia civil observaba, también compungido. Comprendimos entonces cuán grande es la mies, y cuán pocos los obreros. Pedimos a Dios poder regresar algún día, aunque confiemos que el mismo que nos envió, enviará a su tiempo otros en Su nombre.

Con aquellos rostros grabados para siempre en el recuerdo, y un apretón de llanto en el corazón, salimos aquella tarde de aquella plazoleta, con la certeza de que la semilla había caído en terreno fértil, y que a Dios correspondía hacerla crecer.

Nos enteramos después, que el lugar en donde habíamos estado era la Plaza Mayor de Madrid, lugar en donde se habían quemado tantas víctimas inocentes durante la "Santa Inquisición", y en donde se habían canonizado figuras tales como San Ignacio de Loyola.

El gentío de las calles en plena festividad navideña nos volvió a rodear. Por nuestra memoria desfilaban tantos recuerdos de Madrid... el Museo del Prado, el Teatro de la Zarzuela, el Palacio Real, la Plaza de España con su Quijote y Sancho, el Parque del Retiro y sus botes de pedales, la Cibeles... el joven "hippie" malagueño... la Plaza Mayor... las lágrimas de aquel gentío...

Y continuamos calle abajo, bajo las lluvias de la temporada, tomadas de brazos mientras cantábamos parodiando en broma la famosa tonada: —"Por la calle de Alcalá, con la falda bien mojá, y el sombrero metío hasta las orejas. La turista viene y va, sin saber ni dónde está, cuando pasa por la calle de Alcalá..."—

Debíamos partir rumbo a Granada, donde nos daríamos cita con los gitanos del Sacromonte y la Cartuja. El viaje en tren que nos esperaba era largo y agotador. Pero más larga era la vida, y más reposada por cierto.

Navidad. . . España. . . preciosa temporada. . . cuando nace la esperanza. . .

—"Pero mira cómo beben los peces en el río, pero mira cómo beben al ver a Dios nació. . ."—

Oración: *"Señor, quiero ser embajadora de buenas nuevas para llevarle a otros el mensaje de salvación. Capacítame, envíame, sostenme y respáldame con el poder de tu Espíritu Santo. Amén."*

AVE SIN RUMBO

“Ni yo te condeno; vete y no peques más”

(Juan 8:11)

Cuando era niña, mis padres me llevaban a la iglesia en la que mi abuelo era el ministro. Recuerdo que era una pequeña iglesita de madera. Podía ver la tierra a través de las rendijas de las tablas en el piso. Como mi tía era una de las maestras de Escuela Bíblica, prefería irme a su clase, a pesar de que yo era aún muy pequeña para el grupo de jóvenes que ella enseñaba. Me gustaba ir a su clase, aunque no entendía mucho de lo que allí acontecía, porque al salir, siempre nos llevaba a algún lugar a pasear. Recuerdo que una vez fuimos al zoológico y un avestruz que se había salido de su jaula, se le fue detrás para quitarle un paquete de papas fritas que llevaba. A los 12 años de edad fui bautizada, junto a mis otros hermanitos, en un acto que consideraba muy solemne e importante, sobre todo cuando el que oficiaba la ceremonia era mi propio abuelo.

Seguí creciendo entre la escuela, los juegos y la iglesia familiar, siendo una buena niña, estudiosa, callada, obediente y respetuosa de mis padres. Sin embargo, nunca le había entregado mi corazón al Señor. Había oído hablar de El en la iglesia, conocía algunas de sus historias y enseñanzas, pero no le conocía a El. Nunca había tenido un encuentro con El. Es más, ni siquiera estaba muy segura de quién era El. Terminé mis estudios de escuela superior y llegué a la universidad con notas excelentes. Era, ante los ojos de todos, una niña modelo. Pero algo dentro de mí no marchaba bien. Eran tantas las preguntas que me hacía ante la vida.

Mis padres habían tratado de dejar bien grabada en mí una escala de valores adecuada que me preparara para la vida. Me enseñaron que no se debía robar, que no se debía mentir, que las palabras profanas y sucias no debían salir de mi boca, que debía cuidar mi cuerpo de las malas intenciones de otros, y muchas otras normas, algunas de las cuales me parecían fáciles de cumplir, pero otras, casi imposibles.

Comencé poco a poco a descubrir que existía también un mundo muy distinto al que había conocido dentro la iglesia, con unos valores totalmente diferentes a los que mis padres me habían enseñado. Mis amigos de la universidad jamás iban a una iglesia. Me enfrenté a profesores que abiertamente proclamaban su ateísmo y se burlaban de los pocos estudiantes que evidenciaban alguna fe religiosa. Me rodearon intelectuales y artistas con ideas nuevas que me deslumbraban, porque me parecían razonables e inteligentes. Todo ello comenzó a minar mi débil fe, hasta que un día decidí no ir más a la iglesia.

Allí comenzó mi caída. Poco a poco fui accediendo a las tentaciones de un mundo que ejercía cada vez más presión sobre mí. Me parecía que aquellos nuevos amigos tenían la verdad, y que mis pobres padres, a los que siempre he querido muchísimo, eran sólo víctima de unas creencias anticuadas y conservadoras. Me fui rebelando a lo que ellos con tanto amor me habían enseñado. Me parecía que todo lo que descubría en la universidad ensanchaba mi mente, mientras que ellos se iban quedando atrás sin poderme comprender. Me fui a New York a estudiar teatro, y las cosas empeoraron.

Aquella joven inocente y buena se fue convirtiendo en una extraña para sus padres, para sí

misma, y para Dios. Comencé a fumar marihuana. Quise probar otras cosas más excitantes, y probé algo que en mi tiempo estaba muy de moda: el ácido LSD. Probé la cocaína y la mezcalina, y por supuesto, el alcohol. Aunque mis estudios nunca se vieron afectados y mi carrera como actriz comenzaba a florecer, mi vida interior se desboronaba. Busqué refugio en el llamado “amor libre”, que no es otra cosa que egoísmo sin compromiso, pasión pasajera, intensa, pero sin futuro. La soledad me llenaba. El vacío era mayor. No sabía quiénes eran en verdad mis amigos. Me sentía frustrada, desilusionada, como ave sin rumbo.

Un día, cuando más lo necesitaba, recordé una historia que había escuchado de niña en la iglesia. Era la historia de una mujer a la que todos acusaban y pensaban matar a pedradas por su pecado. Sin embargo, un hombre la miró con misericordia y comprensión, la amó, la perdonó, y le dijo: “Levántate y no peques más.” Pensé: “¡Qué hermosa historia! ¡Si yo también encontrara un amor así, que fuera capaz de recibirme tal y como soy, que tuviera la capacidad para perdonarme y el poder para transformarme!”. Dios escuchó mi clamor.

Una tarde, estando yo en mi habitación, triste, con una urgente necesidad de perdón y de salvación, conocí al amigo que tanto había buscado. Sentí una paz tan grande que casi se podía tocar mientras veía una nube blanca y tenue llenando el lugar. Cerré mis ojos para disfrutar mejor aquella sensación de paz. Con los ojos cerrados, una fuerte luz me iluminaba. De momento, escuché en mi interior una potente voz que me decía: “Cristo vive... Cristo vive... Cristo vive...”

Mi mente orgullosa trató de combatir aquello, mientras me decía a mí misma: “Qué ridícula eres.

¿Cómo vas a creer eso? Pero “la luz en las tinieblas resplandece y las tinieblas no prevalecieron contra ella.” Sentí como si me pasaran una película a toda velocidad en la que veía todos los momentos en los que había ofendido a Dios. Comencé a llorar como una niña, arrepentida de todo corazón de todo cuanto había hecho, mientras sentía el abrazo perdonador de Dios que me consolaba. El llanto se convirtió entonces en llanto de alegría al saberme amada y perdonada por Dios. Abrí mis ojos, y pude ver la más hermosa visión: el rostro de Jesucristo que me sonreía y me dejaba sentir el más sublime e intenso amor. Pude comprender en aquel instante que Jesucristo está vivo, que resucitó, que es Dios, y que había venido a mi encuentro como buen pastor, a buscar su ovejita perdida para llevarla al redil. Me tiré de rodillas en adoración, y llena de lágrimas, con la frente pegada al suelo, dije: “Señor, si tú vives, te entrego mi vida. Has con ella lo que tú quieras.” Y allí comenzó una nueva vida para mí, la más maravillosa que ser humano alguno puede vivir: la vida de la mano de Jesús camino a la eternidad.

Querido joven, si tú, al igual que yo, te estás haciendo muchas preguntas; si no te sientes seguro de tu salvación; si la iglesia te aburre; si estás cansado de lo mismo y deseas nuevas aventuras y experiencias; si el mundo de afuera te atrae más que la vida religiosa que hasta aquí has conocido, posiblemente estás en el perfecto momento para encontrarte con el amigo que nunca falla. ¿Sabes?, Jesús no quiere que seas un religioso aburrido más. Jesús quiere darte vida, y vida en abundancia. En Él encontrarás más emoción que en ninguna droga o placer de este mundo, porque te ofrece cosas eternas y verdaderas. Te ofrece, además, amor perfecto y del bueno. Te acompañará siempre, aún en los momentos más difíciles, y te dará su apoyo incondicional. Si nunca le has entregado tu vida a Jesús, ¿por qué no lo haces hoy? Te aseguro que no te arrepentirás.

Oración : *“Señor Jesús, he oído hablar de ti, pero no te he conocido. Quiero que seas mi amigo. Quiero que seas mi salvador. Quiero que seas mi Dios. Quiero entregarte mi vida para que hagas con ella lo que Tú quieras. Perdona mis pecados y lléname de ti. Quiero vivir para ti. Amén.”*

EL MEJOR REGALO NOS LO HIZO DIOS

*"Pero el ángel les dijo: no temáis; porque
he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será
para todo el pueblo: que os ha nacido hoy,
en la ciudad de David, un Salvador,
que es Cristo el Señor." (Lucas 2: 1011)*

Toda temporada navideña es época de algarabía, regocijo, bullicio y celebraciones. Las tiendas se abarrotan de gente. Todos buscan regalos para sus seres queridos. El regalar en navidad es hoy, no sólo una expresión de afecto, sino un compromiso social. Hay que regalar. Las presiones sociales, los anuncios que comienzan ya en octubre, la competencia de quién regala el mejor regalo, nos obligan a gastar hasta el último centavo del bono navideño, a cargar hasta reventar las tarjetas de crédito, a volver a hacer un préstamo, y hasta a hipotecar la casa para comprar los regalos de rigor. Para muchos, la Navidad se convierte entonces en una pesadilla.

Se nos olvida que la Navidad es la celebración del más maravilloso nacimiento jamás acontecido en la historia humana: el nacimiento del Dios hombre. Dios se nos cuela en la historia, Dios se encarna, Dios se reviste de humanidad por amor a nosotros mismos y viene a nacer en un humilde establo. Los primeros testigos de su nacimiento fueron pastores de la región, gente sencilla, gente de campo, gente con necesidad de justicia en sus vidas. Luego llegaron los sabios, los intelectuales de lejanas tierras, quienes posiblemente practicaban algún culto religioso distinto al de los judíos, pero que tenían sed de conocer la verdad en sus corazones. El niño recién nacido fue adorado por unos y por otros. Era el niño de quien el profeta Isaías había

escrito siglos antes, en palabras proféticas: *"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz."* (Isaías 9:6)

Los títulos que habrían de darse a este niño son significativos y reveladores de su esencia, carácter y misión. Son, además, reveladores de su relación con cada uno de nosotros.

En primer lugar, sería Admirable. En algunas versiones bíblicas se ha traducido como Maravilloso. Admirable y maravilloso por los milagros que realizó en favor de personas en necesidad, por la misericordia que siempre desplegó por los despreciados y marginados, por su identificación con el dolor humano, por su sencillez y sinceridad, por su fidelidad, por su valentía.

Sería Consejero nuestro, consejero de palabras sabias y a tiempo, consejero en amor y desinterés. Sus palabras registradas en los Evangelios aún nos llenan de aliento en momentos de desánimo, de esperanza cuando todo parece haber terminado, de fortaleza en la debilidad, de salud en la enfermedad, de gozo en la tristeza, de luz en las tinieblas, de dirección en la confusión, de paz en medio de las tormentas de la vida.

El recién nacido niño sería Dios fuerte, Dios poderoso, Dios capaz de levantar al caído, de perdonar al pecador arrepentido, de transformarlo en una criatura nueva, de redimirle, de libertarle de sí mismo y de los vicios que le esclavizan, de llenarle de Su gracia, y de compartir con él su gloria... Dios dador de vida eterna, garantizada con su misma resurrección como

primicia.

El niño Dios sería, además, Padre eterno en su relación con nosotros. No sería un Dios abstracto y lejano, no sería un Dios cruel y despiadado, ajeno a nuestra fragilidad humana, sino un Dios Padre, amante y misericordioso, disciplinario en amor, pero paciente y comprensivo; padre que siempre tiene tiempo para sus hijos; padre que siempre nos escucha, y ve aún lo que guardamos oculto en nuestros corazones; padre que se identifica con nosotros; padre que nos ama y siempre espera por nosotros; padre que perdona, padre que entiende, padre que desea lo mejor nosotros; padre que por ser eterno, nunca nos desamparará ni nos dejará solos; padre fiel hasta la eternidad.

El Admirable niño, Dios y Padre eterno, sería además, Príncipe de paz. Los Reyes y príncipes de este mundo han ensanchado sus imperios con guerras y violencia. Aún las instituciones eclesiásticas a lo largo de la historia han cometido los mismos errores, imitando los estilos de los reinos de este mundo. Cuántas veces hemos matado en el nombre de Dios, cuántas veces hemos ofendido en el nombre de Dios, cuántas veces hemos vejado y ridiculizado al prójimo en el nombre de Dios. El Príncipe del pesebre nunca auspiciaría la violencia. El Príncipe del pesebre nunca sería capaz de odiar. El Príncipe del pesebre no vino ni siquiera para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuera salvo por El. El Príncipe del pesebre traería un reino de paz a los corazones de sus súbditos. El Príncipe del pesebre conquistaría corazones por amor. El Príncipe del pesebre vendría para reconciliarnos con Dios, con nosotros mismos, con el prójimo y con la naturaleza.

El mejor regalo nos lo dio Dios la primera Navidad: se nos regaló a Sí mismo. Aceptemos con

gratitud Su regalo de Amor. Recibámosle en nuestros corazones. Admiremos y adoremos junto a los pastores y sabios de oriente al Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno y Príncipe de paz nacido en el pesebre. Sometámonos al señorío piadoso y amante del Rey de Reyes, convirtámonos voluntariamente en súbditos de Su reino, y dejemos que Su paz inunde nuestros corazones. Aceptemos ser hijos de tan maravilloso Padre. Recibamos Sus sabios consejos y pongámoslos en práctica. Anhelemos parecernos más a El y prestémonos a servir a otros en amor, como El lo hace por nosotros. Será el mejor regalo que le podamos hacer nosotros a Dios en esta temporada, el mejor regalo que nos podamos hacer a nosotros mismos y el mejor regalo que le podamos hacer a nuestros semejantes. Hagamos de esta temporada el comienzo de una vida nueva en la que la Navidad cobre verdadero significado y perdure para siempre.

Oración : *“Buen Padre Celestial, gracias por el precioso regalo de tu Hijo unigénito, Jesucristo. Gracias por tan excelsa muestra de amor. Lo recibo y le brindo mi corazón por morada. Que de hoy en adelante, El viva en mí y yo sea por El transformada. Amén.”*

SOBRE LA TIERRA PAZ

*"¡Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz, buena voluntad
para con los hombres!"
(Lucas 2:814).*

Uno de los lemas preferidos en toda temporada navideña, posiblemente el más universal, es el famoso "PAZ EN LA TIERRA". Lo vemos casi siempre acompañado de la palomita con la hoja de olivo en el pico, en las tarjetas postales, en los saludos de las estaciones de televisión, en los papeles de envolver regalos, y en adornos navideños. A veces, el lema consiste sólo de la palabra "PAZ".

Evidentemente, la humanidad entera anhela la paz. La necesitamos urgentemente en el plano personal, en el plano insular y en el plano internacional. Es un clamor de siglos que cada vez se hace más imperioso. Sin embargo, la paz se nos pierde en la distancia de los sueños. Se nos vuelve utopía inalcanzable. Se nos esfuma en la realidad nuestra de cada día.

¿Por qué no logramos la paz? Porque la buscamos donde no se encuentra; porque nos desenfocamos en su búsqueda; porque perdimos de perspectiva el contexto verdadero del anuncio de paz que se hizo en la primera navidad; porque decidimos tronchar el mensaje original, dejando fuera lo más importante.

¿De dónde surge el famoso "Paz en la Tierra" de las navidades? Vayamos al relato que nos hace

el médico Lucas en su Evangelio: *"Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del, Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: **¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!**"* (Lucas 2:814).

La paz de que hablaron los ángeles, si leemos bien el texto, está intrínsecamente relacionada con el nacimiento del anunciado Salvador, Cristo el Señor. La proclamación de los ángeles fue, en primer lugar, una alabanza a Dios por el acontecimiento, y luego un anuncio de buenas noticias para la humanidad, buenas noticias de reconciliación entre Dios y los hombres. El milagroso nacimiento del tan esperado Mesías surge como gesto de buena voluntad de Dios para con nosotros, y es Dios precisamente, quien decide hacer la paz.

Al tronchar el texto, al editarlo, hemos sacado la paz de su contexto, dejando fuera el ingrediente principal. Borramos el *"Gloria a Dios en las alturas"*, y el *"buena voluntad para con los hombres"*, quedándonos sólo con *"sobre la tierra paz"*, convertido en *"paz en la tierra"* y finalmente, sólo en *"paz"*.

No logramos la paz, porque la buscamos sin contar con Dios. No hay paz entre los hombres, porque no tenemos paz para con nosotros mismos. No tenemos paz para con nosotros mismos,

porque no tenemos paz para con Dios. No tenemos paz para con Dios, porque decidimos dejarle fuera.

Para que la paz sea una realidad en nosotros, tenemos que volver al principio. Devolvámosle al lema de la navidad los textos que durante siglos hemos dejado fuera. Reconozcamos que Dios debe ser primero en nuestras vidas y alabémosle como los ángeles. Hagamos la paz con Dios, aceptando Su gesto de buena voluntad, evidenciado al enviarnos al Salvador como mediador. Entonces, y sólo entonces, entraremos en un proceso restaurador, ya que al reconciliarnos con Dios, estaremos en paz nosotros mismos, con nuestros semejantes y con la naturaleza. Sólo así lograremos la tan anhelada y aparentemente inalcanzable paz.

Oración : *"Oh Señor, haz de mi un instrumento de tu paz:*

Que donde hay odio, lleve yo el amor.

Que donde hay ofensa, lleve yo el perdón.

Donde haya discordia, lleve yo la unión..." . (Francisco de Asís)

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

"He aquí, yo hago nuevas todas las cosas." (Apocalipsis 21:5)

Cada vez que comienza un nuevo año, nos proponemos un cambio. Hacemos revisión de nuestra vida y preparamos la lista de resoluciones con la mejor intención de mejorar aquellos aspectos que así lo ameritan. Sin embargo, no bien pasan unos días, volvemos a los hábitos del pasado, caemos otra vez en la rutina, y nos llenamos de frustración.

Parece que estamos condenados al fracaso. Nos conformamos pensando: "Es que yo soy así, ¿qué voy a hacer?", o "Estoy muy viejo para cambiar", o "Para yo cambiar, tendría que nacer de nuevo"... Y de eso precisamente se trata el asunto: de nacer de nuevo.

Hay áreas en nuestra vida que requieren sólo un leve esfuerzo de nuestra parte para que un cambio se produzca. En otros renglones, tenemos que trabajar un poco más. Sin embargo, hay hábitos, conductas, estilos de vivir y de pensar, que por más que tratamos, no logramos modificar. Es aquí donde nos sobreviene la frustración, la depresión, o el simple conformismo, ante el agobiante sentido de impotencia. Creemos que no hay remedio. Pensamos que nunca podremos cambiar, pero les traigo buenas noticias: siempre hay lugar para el cambio. Aún hay esperanzas.

No hay conducta humana, por arraigada que se encuentre en nosotros, que no pueda ser modificada. Es posible cambiar. Más aún, es posible erradicar por completo nuestra vieja

naturaleza y nacer de nuevo, aquí y ahora. ¿Cómo lograrlo? Acudiendo a Aquel quien tiene poder para transformar vidas, pues es el autor de la vida. Más aún, es la vida misma: Jesucristo.

El Apóstol Pablo escribió lo siguiente: *"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas."* (2 Cor. 5:17). Para ser nueva criatura, para que todo sea nuevo en nosotros, tenemos que "estar" en Cristo. Para "estar" en Cristo, tenemos primero que "ir" a El. Este es el primer paso: acudir a Jesucristo en busca de perdón y de transformación, como medio de reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo.

El segundo paso es "permanecer" en El, "estar" en El. Jesús mismo dijo: *"Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer."* (Juan 15:45) Es preciso reconocer nuestra necesidad y dependencia de Dios, ya que de El mana la vida. Si pretendemos cambiar sin contar con El, tenemos el fracaso asegurado.

El tercer paso es colaborar con El en el proceso de cambio. No se trata de magia. Se trata de libre determinación de nuestra parte, por un lado, y poder de Dios en acción, por otro. El Apóstol Pablo requirió de la iglesia de Efeso, a través de una de sus cartas, lo siguiente: *"En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestios del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad."* (Efesios 4:22-24). Si lo requirió de los efesios, es porque entendía que lo podían lograr. Lo que era bueno para ellos, es sin duda bueno para

nosotros también. Observemos que el verbo que utiliza es "despojaos" y luego "vestios". Ambas son acciones que realizamos nosotros. No las realiza Dios por nosotros.

Cuando venimos a Cristo, cuando le aceptamos como Salvador, Redentor y Señor de nuestras vidas, se produce en nosotros una profunda transformación espiritual. Se engendra en nosotros una nueva naturaleza, nacemos de nuevo en El, pero éste es sólo el comienzo. Para que se logren cambios sustanciales en todas las áreas de nuestra vida, tenemos que permanecer en El. Una vez en El, se requiere nuestra colaboración en el proceso. Al venir a Cristo, Dios nos da las fuerzas y el poder para cambiar. Al permanecer en El, esa fuerza y ese poder continúan en nosotros. El resto, nos corresponde a ti y a mí realizarlo.

Somos tú y yo los llamados a dejar atrás la mentira, la apatía, la pereza, la ira, los desórdenes y desenfrenos, todo lo que pertenezca a nuestra vieja naturaleza viciada, para dar paso a la nueva naturaleza de Dios en nosotros, a través de la renovación de nuestra mente. Debemos sustituir nuestra manera de pensar por la de Dios, que siempre es mejor, nuestros planes por los de Dios, nuestra voluntad por la de El, y veremos el milagro realizado. Después de todo, El sabe mejor que nosotros mismos, lo que nos conviene. Haciendo esto, podremos cumplir nuestras resoluciones de nuevo año, sin temor al fracaso. Estaremos listos para nuevos retos, y podremos decir verdaderamente: año nuevo, vida nueva.

Oración: *“Señor Jesús, vengo a ti reconociendo que necesito un nuevo comienzo. Perdona todos mis pecados. Recíbeme como tu hija. Te entrego mi vida para comenzar de nuevo. Ayúdame. Transfórmame y dame las fuerzas para no volver atrás. Amén.”*

CAMINEMOS EN LA LUZ

*"Y he aquí que se presentó un ángel del Señor,
y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a
Pedro en el costado, le despertó, diciendo:
Levántate pronto.
Y las cadenas se le cayeron de las manos.
(Hechos 12:7)*

Este relato describe el momento en el que un ángel del Señor intervino en la vida del Apóstol Pedro para libertarle de la prisión en la que se encontraba, por predicar el Evangelio en medio de un ambiente hostil y contrario. La cárcel nunca es agradable. El sentirse atado por cadenas, el desear salir de un lugar y no poder, el estar esclavizado bajo cualquier circunstancia, debe ser una de las más terribles sensaciones. Sin embargo, las peores cadenas que puede tener cualquier persona son las que le atan al pecado. No hay cárcel más oscura que la de un alma que vive fuera del ámbito de Dios.

La naturaleza carnal del ser humano -sus egoísmos, idolatrías, pasiones desenfrenadas, violencia, vicios, celos, iras, contiendas- está en constante lucha con su espíritu. En vano tratamos de remontar el vuelo hacia mayores alturas, cuando estas terribles cadenas de carne y de pecado nos atan indefectiblemente a la tierra. Intentamos trascender las paredes oscuras de nuestra propia naturaleza humana en nuestro afán de libertad, mas se nos hace imposible. Parece ser que el destino del hombre natural es la esclavitud eterna.

Hasta que la luz del Señor no resplandece en nuestra vida, nos encontramos como Pedro, dormidos, prisioneros en oscura cárcel, con las manos encadenadas. Mas basta con tener una leve vislumbre de Su luz admirable, para que despertemos de nuestro letargo de siglos, y se rompan las cadenas. Dios, en su omnisciencia y su misericordia infinita, ha provisto la forma por la cual el hombre puede ser libertado para siempre del pecado, de la carne, de la enfermedad, de la miseria, de la tristeza, de las tinieblas y de la muerte. *"La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella."* (Juan 1:5). Esa luz es Cristo Jesús, el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. El ha venido para hacernos verdaderamente libres de toda esclavitud. Vino para que pudiésemos vivir en el mundo como ciudadanos del cielo, sujetos a la libertad del Espíritu y no a las leyes de la carne. Vino para hacernos verdaderamente libres.

. El primer paso hacia la libertad es desearla: reconocer nuestra esclavitud y desear la redención.

. El segundo paso es acudir a quien tenga autoridad legítima para redimirnos.

. El tercer paso es aceptar, recibir esa redención.

. El cuarto paso es permanecer libres, no retroceder a la esclavitud, no volver a tomar las cadenas.

. El quinto paso es contribuir a la liberación de otros.

Todos somos esclavos de nuestro propio pecado. Reconocerlo, es el primer paso a la libertad. Pedir perdón es de valientes. Sólo los valientes e íntegros saben pedir perdón. El único que tiene autoridad legítima para perdonar nuestros pecados y poder para engendrar en nosotros una nueva naturaleza, es Dios. Es a El a quien debemos acudir. Sólo podemos llegar a El a través de Jesucristo, quien para eso vino: para reconciliarnos con Dios. Fue El mismo quien dijo: *"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino es por mí."* (Juan 14:6). Fue El quien dijo: *"El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió. Yo la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas."* (Juan 12:44-46).

Si acudimos a El verdaderamente arrepentidos, podemos estar seguros de Su perdón. Jesús mismo dijo: *"El que a mí viene, no le echo fuera."* (Juan 6:37). Recibamos en confianza Su perdón gratuito, recibamos Su luz, recibamos su gracia redentora.

Una vez libertados, una vez despiertos, una vez iluminados, permanezcamos en Su luz. Evitemos que ninguna sombra de este mundo, que ninguna tiniebla empañe nuestra vida, que debe ser reflejo de la luz divina. Rompamos en Su nombre cualquier yugo que quiera impedirnos andar en la santa libertad del Espíritu de Dios. Despojémonos de todo peso de pecado que nos asedie, y cortemos de una vez las cadenas que nos atan.

Sigamos los consejos del propio redentor quien nos dijo: *"Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."* (Juan 8:31-32).

Lancémonos entonces, como antorchas ardientes, a iluminar en nombre de Jesucristo a este mundo. Vayamos al rescate de aquellos aún presos por los vicios, las pasiones, los egoísmos, la inmisericordia, la apatía, la falta de sensibilidad, los endurecidos por la vida que se ocultan tras los barrotes de su propio pecado. Llevemos a otros un poco de este resplandor que debe llenar la vida del cristiano, si es que en verdad el Señor habita en nosotros. Veremos entonces cientos, de cadenas rotas y rostros despojados de toda esclavitud, iluminados por la eterna luz de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

¡Levantémonos como Pedro! ¡Caminemos en la luz, despiertos y libres, en esta santa y preciosa libertad a la cual hemos sido llamados! Amén.

Oración : *“Señor Jesús, acepto que soy esclava de mis pecados y vengo a ti reconociendo que eres el único que tienes poder para perdonarme y libertarme. Tú diste tu vida en la cruz para darme ese perdón y esa redención. Te acepto hoy como Salvador de mi vida y me entrego a ti. Rompe hoy con tu poder toda cadena que me ate al pecado y ayúdame a no volver atrás. Amén.”*

EN LAS MANOS DEL ALFARERO

"He aquí que como el barro en la mano del alfarero,

así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel."

(Jeremías 18:6)

Con estas hermosas palabras habladas por Dios a través del profeta Jeremías se describe perfectamente la relación que existe entre Dios y su pueblo. Por supuesto, que en el contexto histórico la Escritura se refiere aquí al pueblo de Israel, mas en el paralelismo espiritual se extiende hasta nosotros, que hemos sido reconciliados con Dios, adoptados por El como hijos, mediante el sacrificio vicario de Jesucristo.

Desde el comienzo, ha sido el propósito de Dios la creación de un pueblo santo, fiel, separado para El, que pudiera ser el reflejo de su propio rostro, y también desde el comienzo, este mismo pueblo que Dios ama, se ha mostrado rebelde, indiferente, mal agradecido, infiel. No obstante, el amor de Dios, que excede todo conocimiento, ha sido infinitamente paciente a través de los siglos. Ha sabido cuidarnos, guiarnos, esperar por nosotros, redargüirnos, corregirnos, castigarnos, perdonarnos, restaurarnos, redimirnos.

En sus manos santas venimos a ser como barro en las manos del alfarero. Dios, como artista supremo, como perfecto creador, toma en sus preciosas manos este barro que somos para convertirlo en vasijas útiles, limpias, dignas de El.

En este proceso de modelaje, a veces sufrimos los dolores del ser destruidos para comenzar otra

vez. Y claro está, mientras más duro sea el barro, más difícil se hará el moldearnos, difícil no para Dios, sino para nosotros mismos.

En el proceso de modelaje, Dios tiene que ablandarnos, tornearnos, darnos forma, borrar las imperfecciones, llenar las grietas, eliminar lo que sobre, y si fuera preciso, empezar otra vez. Entonces, el alfarero nos somete al horno de fuego en la etapa final, donde se perfecciona la vasija. Una vez formados conforme al corazón de Dios, es preciso que seamos pulidos, para que ni en la superficie queden asperezas.

A veces, o casi siempre, este es un proceso lento, que puede durar toda nuestra vida. Otras veces, la vasija va cobrando su forma final, obedeciendo al manejo de la mano de Dios, a un tiempo relativamente temprano. Pero lo importante es que estemos dispuestos a dejar, por nuestro propio bien, que Dios trabaje con nosotros, aunque nos duela el proceso.

Es necesario que de nuestro barro desaparezcan todas aquellas cosas impuras que impiden que seamos material útil para Dios. Es necesario que nuestra rebeldía, nuestra incredulidad, nuestra infidelidad, nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestros odios, nuestros rencores, iras y contiendas, nuestras murmuraciones e impiedades, nuestros pecados ocultos, y los manifiestos, nuestras idolatrías, todo ello, ceda ante el toque de la mano diestra de Dios.

Dios quiere vernos brillar como vasos para Su gloria, como utensilios para honra suya. Una vez limpios y completos en Él, dejemos que nos llene como cántaro de agua cuyas aguas nunca acaban, y vayamos en Su nombre, sin tener nada de que avergonzarnos, a dar de beber al sediento y cansado, a ablandar con un poco de agua viva y santa, el barro endurecido de las

vidas que aún tienen que pasar por el proceso de modelaje en las manos de Dios.

Digámosle a Dios: "Heme aquí como barro dispuesto en tus manos". Amén.

Oración: *“Señor Jesús, perdona mis rebeliones y mis pecados. Límpiame, transfórmame en una vasija útil para ti. Quitá de mí todo lo que estorbe. Añade lo que falte. Me someto a ti, como barro en manos del alfarero. Amén.”*

VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA

"Vosotros sois la sal de la tierra" (Mateo 5:13)

Basta con leer el noticiero del día de cualquier país del mundo para constatar con tristeza la decadencia moral que impera en todos los niveles de la sociedad. Escándalos y corrupción en las esferas gubernamentales de las naciones, en las relaciones familiares, en las empresas privadas y hasta en las instituciones religiosas, son tan comunes ya, que cualquier cosa podemos esperar. Es desesperanzador el panorama, ya que los que debían ser el modelo para el pueblo y para las nuevas generaciones, resultan ser a veces los peores ejemplos.

Todos hemos fallado, todos tenemos culpa y es ahora el momento indicado para detenernos a reflexionar, sobre todo, la iglesia cristiana. Como iglesia, como discípulos de Jesucristo, hemos recibido en el ámbito individual y colectivo una encomienda de parte de nuestro Señor. Es nuestro deber y responsabilidad ante Dios y los hombres, cumplirla.

Hace dos mil años atrás Jesús dijo, como parte del más universal y conocido de sus discursos, el famoso Sermón del Monte: *"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres."* (Mateo 5:13). Dijo también Jesús: *"Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la tierra, ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga."* (Lucas 14:34-35).

¿Cuál es la función de la sal? De primera intención, pensamos en la sal como un ingrediente que

da sabor a las comidas. Una comida sin sal es difícil de tragar, sabe mal, no gusta al paladar. Así mismo, si el cristiano es llamado a ser "sal de la tierra", entonces debe ser el ingrediente que da sabor a la sociedad y al medio ambiente en que se encuentre. En un ambiente de violencia, debe ser agente pacificador. En medio de la tristeza, debe añadir alegría, en medio de la soledad, amor y compasión, paz en la tormenta, fe en la desesperanza, aliento y apoyo en la debilidad, salud en la enfermedad, consuelo en el dolor. Todo esto sólo puede provenir de un corazón lleno de la presencia de Dios, del cual emane el fruto del Espíritu Santo. *"Por sus frutos los conoceréis"*, dijo Jesús (Mateo 7:16). Si en lugar de vendar heridas, herimos al prójimo, si en lugar de llevar paz, somos agentes de discordia sembrando enemistad entre unos y otros, si en lugar de esperanza llevamos desaliento, nuestra "sal" se ha hecho insípida, ha perdido el sabor, ha perdido su esencia, su identidad de sal.

Pero la sal cumple una función mucho más importante aún: la de preservar la carne, la de evitar su corrupción, su pudrición. Los cristianos somos llamados a preservar aquellos valores que mantienen en buena salud emocional y espiritual nuestra sociedad. Valores como la justicia, la verdad, la integridad, la honestidad, la pureza de mente y de corazón, la bondad de alma, la libertad, parecen haber desaparecido del planeta tierra, y el que aún los sostiene es perseguido, calumniado, ridiculizado, vejado, marginado, expulsado, y a veces encarcelado y asesinado.

Hemos llegado al extremo de llamar a lo malo bueno y a lo bueno malo. El discernimiento se nos ha embotado a costa de aceptar, consentir, ocultar y hasta auspiciar conductas delictivas, torcidas, depravadas, desde el gobierno, hasta la iglesia. Nos hemos hecho cómplices tantas veces de la injusticia, de la mentira, del silencio. Nos interesa más la imagen pública que la

verdad, la cantidad que la calidad, el número que el individuo. Con tal de que nadie se entere, de que no se nos vayan las ovejas, de que no se empañe nuestra imagen, de que no se descubra lo que anda mal, de que no se nos divida el grupo (partido, organización o iglesia), jugamos a la política sucia del engaño, la mentira y la hipocresía. Resultado: falta de credibilidad en los líderes políticos y religiosos, desmoralización del pueblo, desilusión.

La "sal de la tierra" debe servir para evitar la pudrición, la corrupción, la muerte espiritual y emocional de la sociedad. De no hacerlo, pareceremos sal, pero no lo somos. Nos mezclaremos con la sal, pero hemos perdido la identidad, la razón de ser, la esencia. Un cristiano que practica, auspicia o consiente la injusticia, la hipocresía, la inmoralidad, la mentira, la maldad y el engaño, podrá parecer cristiano, pero ha dejado de serlo. Un cristiano que se hace cómplice de la corrupción que nos rodea, ha perdido su identidad. Un cristiano que deja de cumplir su misión de "sal de la tierra" ha perdido su esencia, se ha vuelto insípido, y no le resta otra cosa que, citando al propio Jesús, ser *"echado fuera"*, ya que *"ni para la tierra ni para el muladar (estercolero, basurero, vertedero) es útil."*

El reto está lanzado desde hace dos mil años. ¿Es que es más fácil dejarse ir por la corriente del siglo, que levantarse, aunque nos quedemos solos, como estandartes de verdad? Es posible, pero el llamado es ineludible. Si queremos verdaderamente ser discípulos del Maestro de Galilea, servidores del Señor de Señores, embajadores de Cristo en la tierra, tenemos que recuperar nuestra esencia, nuestra identidad de "sal de la tierra". Esa identidad está en Cristo Jesús. Solamente sumergidos en El, crucificados en El, inspirados por El, escondidos en El, llenos de su Espíritu y de su gracia, lo podremos lograr. La esencia de nuestra "sal" es Cristo mismo.

Separados de El, nada podremos hacer. Dejemos que su esencia, su presencia santa nos llene, y seamos entonces el instrumento que dé sabor a Cristo a esta sociedad. Detengamos la corrupción, la pudrición de nuestro entorno, con nuestro propio ejemplo, antes de que la muerte social, espiritual y emocional que nos rodea, nos destruya a todos.

Oración : *“Señor Jesús, ayúdame a vivir a la altura de lo que Tú esperas de mí, como una cristiana íntegra, vertical, conforme a Tu Palabra. Que pueda ser verdadera “sal de la tierra” para dar sabor a Cristo a esta sociedad que tanto lo necesita. Amén.”*

La Naturaleza nos habla de Dios

*“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento
anuncia la obra de sus manos.” (Salmo 19:1)*

El que no se detiene a admirar la belleza de un atardecer, está muerto en vida. Se está perdiendo el más maravilloso espectáculo de luz y sombra, de colores cambiantes, de reflejos y nubes sobre el horizonte, y se pierde también el mensaje silencioso de Dios al corazón del que está presto a escuchar. Contemplar los atardeceres es casi un ritual diario en mi familia. Recuerdo que de niña me subía al techo de mi casa solo para estar más cerca del cielo y ver el atardecer en todo su esplendor.

Mi madre nos enseñó a amar y a respetar la naturaleza, a apreciar la belleza del arcoíris, de las gotas de rocío sobre las hojas, de las flores silvestres, de las aves, de un cielo estrellado y de un atardecer. Aprendimos a disfrutar del sonido de las olas y de la música del viento al chocar con las ramas y las hojas de un árbol. Contemplar la naturaleza es como escuchar un poema sin palabras, disfrutar de la más excelsa sinfonía, o como estar situado en el mismo centro de una gigantesca pintura multidimensional y multiforme en constante cambio. Es la obra prodigiosa de un Artista Supremo que lo ha creado todo por amor: “Y vio Dios que era bueno”.

Sin embargo, todo ese éxtasis emocional que nos produce la contemplación de la naturaleza se quedaría corto si lo limitáramos al puro deleite de los sentidos. Contemplar la naturaleza nos puede llevar a trascender al mundo de lo espiritual. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”, dice el Salmo 19:1. La naturaleza entera nos habla de

Dios y nos ayuda a estar más concientes de El y de Su grandeza.

Cada vez que veo un atardecer me maravillo. No puedo hacer otra cosa que exaltar a Dios. El concierto de colores que disfrutan mis ojos me traslada del mundo de los sentidos al mundo del espíritu, de lo que se ve a lo que no se ve, y cuando el telón se descorre y vislumbro aunque sea por un segundo el mundo de lo eterno, me quedo sin palabras. Pienso entonces que “... *si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.*” (2 Corintios 3:11) ¡Cuán maravilloso ha de ser entonces el paisaje en la eternidad!

Aprendamos a apreciar la hermosura de la naturaleza. Saquemos tiempo para mirar al cielo y descubramos la gloria de Dios.

Oración : *“Gracias, Dios, por la belleza de la naturaleza. Enséñame a cuidarla y a respetarla como obra de tus manos. Que al contemplarla, pueda ver Tu gloria. Amén”*

Tú puedes empezar de nuevo

“He aquí yo hago nuevas todas las cosas”

(Apocalipsis 21:5)

Hace algún tiempo compré una trinitaria para colocarla en el balcón de mi apartamento. Sé que las trinitarias son plantas bien resistentes al sol y no necesitan demasiada atención para crecer fuertes y florecer. Por eso la seleccioné. Sin embargo, cometí una imprudencia con la planta. La saqué de su tiesto original y la coloqué en la jardinera, sin haberle dado tiempo suficiente para aclimatarse al nuevo ambiente. Pasaron los días, y el viento comenzó a azotarla fuertemente. El sol intenso y directo de las tardes hacía que sus tiernas ramas se mustiaran y se veía desmayar. Para colmo de males, alguna criatura del reino animal, que nunca he logrado sorprender en el acto delictivo, comenzó a comerse las hojas. Asumo que venía volando (un insecto, tal vez) y de la misma manera, se retiraba sin dejarse ver. Pensé inventar algún tipo de espanta pájaros, o espanta insectos, o espanta lo que fuera, pero se hubiera visto bastante ridículo en mi balcón. El resultado no se hizo esperar. La hermosa planta se convirtió en pocos días en el esqueleto sin vida de una trinitaria (al menos así me parecía). Estuve a punto de cortarle por completo una de las ramas, porque pensé que no tenía remedio. ¡Gracias a Dios no lo hice!

Mi madre, quien tiene mejor mano para las plantas que yo, comenzó a echarle agua diariamente (sólo la necesaria ... ¡yo tal vez la hubiera ahogado!). El resto lo hizo Dios. Comenzaron poco a poco a nacer retoños de la rama seca, de la misma que yo había dado por muerta. ¡La planta revivió! ¡La planta reverdeció! ¡Se hizo el milagro!

Cuando me asomé al balcón y vi la rama que hasta hacía unos días no daba señales de vida, toda cubierta de hojas, glorifiqué a Dios. Es que la trinitaria, sin saberlo, me trajo un esperanzador mensaje. ¡Era una alegoría viviente!

De la misma manera que la rama aparentemente muerta y sin remedio reverdeció, tu vida y la mía pueden comenzar de nuevo. Puede que los tormentosos vientos de las circunstancias de tu vida te hayan derribado. Puede que el fuego de los problemas y las tentaciones te hayan quemado el alma y te encuentres fatigado hasta desmayar. Puede que las fuerzas hayan desaparecido y no te tengas ánimos para seguir luchando. No te rindas. No importa cuán bajo hayas caído, no importa si tu vida se encuentra en jirones, no importa lo que otros piensen de ti, ni aún lo que tú mismo puedas pensar de ti. Lo importante es que puedes comenzar de nuevo. La mano milagrosa de Dios no se ha acortado. El tiene poder para vivificarte. El tiene poder para hacer que de tus ramas secas retoñe la vida. El tiene poder para hacer nacer vástagos de tus raíces muertas. El tiene poder sobre la muerte misma. Fue Jesús quien dijo acerca de sí mismo: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”* (Juan 11:25). Por eso te decimos, como le dijo Pedro al cojo que se encontraba en el templo de Jerusalén: *“En el nombre de Jesucristo de Nazareth, levántate y anda.”* (Hechos 3:6).

Atrévete a intentarlo. Aún hay esperanza para ti. Deposita tu confianza completamente en Dios. Deja que su Santo Espíritu refresque tu tierra árida y agárrate de la mano del Maestro de Galilea. El te levantará, El te sostendrá, El te dará una vida nueva y te reverdecerá. Brotarán flores de tus ramas secas para perfumar a otros con olor a Cristo. Verán en ti el milagro y glorificarán a Dios.

¡Tú puedes empezar de nuevo!

Oración: *“Señor, vengo a ti cansada y cargada. No puedo más. No tengo fuerzas ni ánimo para seguir adelante, pero sé que tú puedes hacer un milagro en mi vida. Te entrego mi vida y tomo tu mano para que me levantes. Has de mí una nueva criatura. Dame una vida nueva Lo necesito. Gracias, Señor.”*

Salida para su crisis

*“Venid a mí los que estéis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar” (Mateo 11:28)*

¿Se ha encontrado usted alguna vez en un callejón sin salida? ¿Ha confrontado situaciones que parecen no tener solución? ¿Ha sentido que la carga sobre sus hombros es tan pesada que ya no puede más? ¿Se ha sentido atormentado por los problemas hasta el punto de perder el sueño, el apetito y la cordura? ¿Le ha parecido que lleva el peso del mundo sobre sus espaldas? Deudas, problemas familiares, enfermedades... todo ello se agolpa a veces simultáneamente y el torbellino nos envuelve y nos arropa. Las fuerzas faltan. No tenemos ánimos para continuar luchando. La visión se nubla y no vemos alternativas. La salida más fácil es escapar. Es entonces cuando se juega con la idea del suicidio, o se acude a la trampa del alcohol y de las drogas para enajenarse y no sentir.

Todos hemos estado allí, o casi allí, en algún momento. A todos nos llega el momento difícil. Jesús mismo lo advirtió cuando dijo: *“En el mundo tendréis aflicción”*. A todos nos llega la hora de la desesperación... pero hay buenas noticias. El pensamiento completo de Jesús fue el siguiente: *“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.”* (Juan 16:33). En Cristo Jesús hay paz, paz en medio de las tormentas de la vida, paz en medio de la aflicción, paz en medio del dolor y de la angustia.

Jesús tiene poder para hacer que los vientos y tempestades en nuestra vida cesen. Jesús tiene poder para llevar nuestra barca a puerto seguro. El ha vencido al mundo. Venció cuando murió en la cruz y resucitó de entre los muertos. Su resurrección es la evidencia de su divinidad, la prueba de su poder, y la garantía de que en El estamos seguros.

Cuando las dificultades de la vida le hagan pensar que no hay salida, cuando la angustia le oprima el alma y las preocupaciones le turben el sentido, cuando parezca que todo está perdido, deténgase un instante. Verá una encrucijada frente a usted. Un camino le llevará a la destrucción, a la muerte... pero hay otro camino que le llevará a la vida, a la paz a la victoria. Este segundo camino tiene un nombre grabado. Se llama Jesús el Cristo. Jesús es a la vez la puerta de entrada y es también la meta. Es El quien le extiende hoy la mano y le dice: *“Venid a mí los que estéis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo11:28). Acepte la invitación. Tómese de la mano del Maestro de Galilea. El le sacará del calabozo oscuro en donde se encuentra sumergido. El quitará de sus hombros la pesada carga. El le devolverá la tan anhelada paz y le mostrará alternativas. El disipará las tinieblas y calmará la tempestad.

Oración: *“Señor, no puedo más con esta carga. Ayúdame. Te necesito. Acepto la invitación que me haces y vengo a ti para que me des tu reposo y tu paz. Amén.”*

A ti volvemos nuestros ojos

*“No sabemos qué hacer, y a ti volvemos
nuestros ojos.” (2 Crónicas 20.12)*

Decisiones, decisiones, decisiones... La vida se nos presenta como una cadena de encrucijadas sin fin que nos obligan a tomar decisiones, por lo general, difíciles. Una decisión equivocada puede significar incluso la diferencia entre la vida y la muerte, o puede tronchar ilusiones, desviar metas, retrasar propósitos. La toma de decisiones es ineludible, aunque a veces preferiríamos que alguien las tomara por nosotros. Sería más fácil, ¿no es verdad? Así tendríamos a quién culpar si la decisión tomada no es la más correcta, o si el resultado no es el que esperábamos. Escuché una vez a una persona decir: “Yo no sé para qué Dios nos dio libre albedrío. Lo que ha hecho es complicarme la vida, porque parece que siempre decido mal.” ¿Suena familiar?

Durante nuestros primeros años, son los padres los que deciden por nosotros. Son ellos quienes deciden lo que debemos comer, lo que debemos vestir, en la escuela en la que debemos estudiar, los juguetes que podemos comprar, las amistades que nos conviene tener, a la iglesia que debemos asistir.

Según continuamos creciendo, comenzamos a tomar decisiones. Nos corresponde entonces decidir la ropa que vamos a usar, lo que queremos comer, cómo invertir nuestro tiempo, con qué amigos compartir. Las decisiones se tornan más difíciles cuando llega la adolescencia. Nos rodeamos de nueva amistades con valores diferentes a los que aprendimos en el hogar. Voces

diversas y dispares nos aconsejan y nos susurran al oído. La presión de grupo aumenta. Nos toca a nosotros decidir y cuán difícil se nos hace.

Llegamos a la adultez y las decisiones no se hacen esperar. Recaen sobre nuestros hombros asuntos de gran responsabilidad que pueden a veces determinar el destino de una vida, de una familia, de una nación y hasta de la humanidad entera. Es por eso que debemos sostener constantemente con nuestras oraciones a los líderes y gobernantes de las naciones, a los científicos, a nuestros superiores laborales y a los miembros de nuestra familia. Una decisión bien o mal tomada hará la diferencia.

Cuando llegamos a esas encrucijadas definitivas en la vida y no sabemos qué hacer, lo más prudente es volver los ojos a Dios. Jeremías 33:3 nos dice: *“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.”* El consejo fue para el profeta, pero es también para usted y para mí. Si acudimos a El en busca de dirección, El abrirá nuestros ojos espirituales y nos dará sabiduría. Aclarará la visión y nos mostrará el camino a seguir. Dice el Salmo 32:8 *“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar.”* Podemos estar seguros de que Dios nos dará Su luz y sentiremos Su paz.

Oración: *“Dios, he llegado al final del camino y no sé lo que debo hacer. Muéstrame el camino por el que debo andar. No me dejes tomar decisiones equivocadas. Dame sabiduría para hacer lo correcto y fortaleza para llevarlo a cabo. En nombre de Jesús te lo pido. Amén.”*

Raíces de amargura

“...Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados.”
(Hebreos 12:15)

Todos pasamos momentos difíciles en la vida. Los momentos de crisis nos llegan a todos. Es en esos momentos en los que el carácter cristiano se somete a prueba. Es en esos momentos en los que el verdadero carácter de la persona se manifiesta. Es en esos momentos en los que brota de nosotros hiel amarga, o dulce miel. *“Por sus frutos los conoceréis...”* (Mateo 7:16), dijo Jesús. Es en los momentos de dificultad, cuando estamos bajo presión, cuando sale a relucir lo que en verdad somos. *“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Lucas 6:45). La crisis hace que brote de nosotros el verdadero fruto que llevamos dentro: alabanza o queja, bendición o maldición, amor o rencor, humildad o soberbia, misericordia o crueldad, desprendimiento o egoísmo.

La madurez cristiana, la obediencia a Dios, el conocimiento interno de la Palabra, el fruto del Espíritu, se ponen a prueba en los momentos de crisis. Si en lugar de mirarnos a nosotros mismos con sentido de auto compasión, miramos a otros que están peor que nosotros; si en lugar de reprocharle a Dios y de preguntarle “¿por qué?”, le preguntamos mejor “¿para qué?, ¿qué quieres enseñarme, Dios, en medio de todo esto?”; si en lugar de quejarnos decidimos alabar a Dios, dar gracias en todo, la carga se hará más liviana y saldremos airoso de la prueba.

No es la dificultad la que puede hundirnos, sino nuestra actitud ante la misma. Algunos, ante el momento de crisis, se sensibilizan al dolor ajeno, otros se hacen más fuertes y resistentes ante la adversidad, pero hay quienes se tornan amargos, crueles, egoístas. Se piensa lo que no se debe pensar, se dice lo que no se debe decir, se hiere a otros y se daña uno mismo. Es entonces cuando las raíces de amargura que estaban escondidas, brotan otra vez. El peligro es que esa amargura puede contaminar a muchos, dañar a muchos. Pero hay un peligro aún mayor: que la amargura estorbe, impida que alcancemos la gracia de Dios para el oportuno socorro, para bendición, para salvación. Ponemos en juego todo ello, si no arrancamos las raíces de amargura que puedan quedar en nosotros. Es asunto de vida o muerte, porque podemos llegar a blasfemar, porque podemos hacernos sordos a la Palabra de Dios y al redargüir del Espíritu Santo. Es asunto de vida o muerte, porque podemos llegar a rechazar la gracia de Dios.

Cuidémonos, hermanos, examinémonos, mantengámonos sensibles a la voz del Espíritu y fortalezcámonos en la oración y en la lectura de la Palabra, para que podamos erradicar de nosotros todo lo que estorbe la gracia de Dios y arranquemos toda raíz de amargura que pueda aún albergar nuestro corazón. Sigamos el consejo de Salomón en Proverbios 4:23: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”* Que nada nos dañe.

Oración: *“Examínate, oh, Dios. Limpia mi corazón. Arranca toda raíz de amargura que pueda albergar mi corazón. Perdona mi rebeldía. Que no se aparte de mí tu gracia. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.”*

En la fragua del dolor

*“...para que sometida a prueba vuestra fe,
mucho más preciosa que el oro, el cual aunque
perecedero se prueba con fuego, sea hallada en
alabanza, gloria y honra cuando sea
manifestado Jesucristo...” (1 Pedro 1:7)*

El Rev. Domingo Marrero, quien para la década de los 40 contribuyó a edificar la fe de muchos jóvenes universitarios, escribió una vez en la pizarra del salón en el que daba sus estudios bíblicos, según me cuenta mi madre: “El dolor sabrá a canción”. Interesante por demás es el hecho de que los mejores poemas, las canciones más sublimes, las más inspiradas obras de arte, surgen casi siempre en medio del dolor y de la angustia, o en medio de la alabanza a Dios. Los artistas hacen a veces como el molusco de la ostra, que produce una hermosa perla como reacción al dolor y al sufrimiento, o como el árbol de sándalo, que perfuma al hacha que le hiere.

Los cristianos somos llamados a crecer en medio del dolor. Es en la fragua del dolor que se perfecciona nuestra fe. Es en la fragua del dolor que las impurezas salen a la superficie, para que nuestra fe, como el oro, se purifique. Es en la fragua de la adversidad que nuestro carácter cristiano se pone a prueba.

Hay un cántico que dice: “Fácil es cantar cuando reina la paz, pero en el dolor es mejor cantar”. Hay otro que dice: “Qué bueno es alabar a Dios cuando las cosas te vayan bien, que bueno es alabar a Dios cuando en la vida no hay problemas, qué cosa buena. Pero yo le alabo desde mi

quebranto y ese Cristo santo se glorifica dentro de mí...” Es entonces cuando el dolor sabe a canción, cuando logramos hacer sacrificios de alabanza, cuando damos gracias a Dios en medio de la adversidad, cuando como Job, podemos decir: *“Jehová dio, Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”* (Job 1:21)

Qué hermoso y sublime es poder atravesar el valle de la desesperación de la mano de Jesús. Qué hermoso es recibir el abrazo consolador de Dios en el momento difícil. Qué maravilloso es saber que no estamos solos. Dios está con nosotros en medio de la prueba.

Procuremos pasar la prueba en victoria. Procuremos ser hallados en alabanza cuando estemos en medio de la dificultad y de la crisis. Procuremos ser como el sándalo, o como el molusco de la ostra. Cantemos en medio de la tristeza. Dios cambiará nuestro lamento en baile y nos colmará de alegría nuevamente. El gozo de la salvación es nuestra fortaleza. Todo lo demás es pasajero. Por tanto, *“hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”* (Santiago 1:2-4).

Oración: *“Hoy vengo a alabarte en medio del dolor y de la angustia. Hago sacrificio de alabanza a ti, Oh, Dios. Gracias por tu presencia, tu cuidado, tu protección y tu compañía. Gracias por tu paz. Amén.”*

Por nada estéis afanosos

*“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas
vuestras peticiones delante de Dios en toda
oración y ruego, con acción de gracias.”*

(Filipenses 4:6)

Hay momentos en los que los problemas y las dificultades nos abrumen. Nos sentimos acorralados y no vemos salida. Nos sentimos ansiosos, preocupados, afanados, cargados, confundidos. A todos nos ocurre. Es parte del legado de estar vivos. Sin embargo, si quitamos la mirada de las circunstancias y miramos al Señor, si dejamos de escuchar las voces de los pensamientos negativos que nos asechan y prestamos oídos a la Palabra de Dios y a la voz de su Santo Espíritu, podemos sentir paz en medio de la tormenta.

Escuchemos la voz que nos dice: *“Echa tu carga sobre Jehová, y él te sostendrá. Jamás dejará caído al justo”* (Salmo 55:22). Los que somos de Cristo fuimos hechos justicia de Dios en El. Esta promesa es para usted y para mí. El nos sostendrá, El nos levantará. Lo único que tenemos que hacer es despojarnos de la carga y echarla sobre Sus hombros. Lo que sucede es que a veces, la volvemos a tomar y nos volvemos a cargar.

1 de Pedro 5:7 nos dice: *“Echad sobre él (sobre Dios) toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de nosotros”*. No tenemos que temer, él nos cuida. Salgamos de la ansiedad que nos trastorna el sueño y la respiración, echándola sobre Dios.

Jesús nos dijo: *“La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe nuestro corazón, ni tenga miedo.”* (Juan 14:27) Jesús es nuestra paz. Confiemos en El.

Isaías 26:3 nos dice: *“Tú guardas en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado.”* Esto nos da una clave adicional. Para permanecer en la paz de Dios, debemos procurar que nuestros pensamientos perseveren, permanezcan en Dios, en sus promesas, en su palabra, no en el problema, no en los sentimientos que nos agobian.

Echemos mano también de la poderosa herramienta de la oración y demos gracias, siguiendo el consejo de Pablo: *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús.”* (Filipenses 4:6-7) Podremos entonces sentir esa paz sobrenatural de Dios en nuestros corazones y en nuestras mentes, aún en medio del torbellino de problemas y situaciones que de otra forma podrían llevarnos a la locura y a la desesperación.

Oigamos la voz de Dios, confiemos en Sus promesas, y vendrá la paz.

Oración: *“Señor, necesito echar sobre ti mi carga y mi ansiedad, porque no puedo más. No miraré las circunstancias, sino te miraré a ti. Confío en tus promesas. Sé que tendrás cuidado de mí y me sostendrás. Me levantarás y me darás tu paz. Gracias, Señor.”*

Mirad las aves del cielo

“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6:26)

En una ocasión, mientras esperaba en el estacionamiento de la iglesia a unas hermanas con las que iría a un retiro de jóvenes en el campamento Genezaret, observaba algunas pequeñas avecillas que de vez en cuando bajaban al pavimento en busca de alimento. Primero, llegó una tortolita. Diligentemente buscaba algo que comer entre las piedras. Luego, llegó un ruiñón. Levantó del suelo una semilla redonda y amarilla que había caído de una de las palmas y se fue volando, llevándola en su pico. Las aves siempre me han llamado la atención, sobre todo, las más pequeñas. Algunas hasta caben en el puño de mi mano. Son tan delicadas y frágiles que me da miedo apretarlas demasiado. Son tan asustadizas que el corazón casi se les sale del pecho y al sostenerlas me parece tener un pequeño corazón palpitando entre mis dedos.

Esas pequeñas avecillas, insignificantes tal vez para algunos, son preciosas para Dios. Resulta tan consolador saber esto, porque usted y yo somos tesoros aún más preciados para El. Por algo dijo Jesús: *“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6:26)*

Si usted y yo valemos para Dios mucho más que las aves del cielo, podemos estar seguros de que El cuidará de nosotros. Sabemos que los momentos de dificultad financiera nos llegan a todos.

Sabemos que a veces no habrá dinero ni para comprar comida, pero Jesús nos invita a confiar en nuestro Padre celestial, quien conoce muy bien nuestras necesidades y hará provisión para nosotros. Claro, hay una condición: “... *buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas.*” (Mateo 6:33)

Mientras usted y yo tengamos a Dios como prioridad en nuestras vidas, mientras procuremos agradecerle en todo, mientras vivamos en obediencia a su Palabra, mientras escojamos mejor hacer Su voluntad que la nuestra, podremos estar seguros de que El se encargará de suplir nuestras necesidades, porque es promesa suya.

No nos carguemos de ansiedad. Dios es fiel. Ocupémonos de hacer lo que El nos pide y las demás cosas nos serán añadidas. Después de todo, no hay nada mejor que formar parte del reino de Dios y su justicia, no hay nada mejor que vivir como ciudadanos del cielo aquí en la tierra, no hay nada mejor que comenzar a vivir la eternidad aquí y ahora. Dios se encargará de lo demás. “... Si El cuida de las aves, cuidará también de mí...”

Oración: “*Buscaré, oh Dios, primeramente tu reino y tu justicia, sabiendo que te ocuparás de mis necesidades. Si cuidas de las pequeñas avicillas, cuidarás también de mí. Gracias porque siempre provees. Amén.*”

Lo débil del mundo escogió Dios

*“... y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar
a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado
escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es...”.*

(1 Corintios 1:27-28)

Hace varios años, en medio de un viaje misionero a las selvas del Río Orinoco, me enfermé. No había médicos, ni hospitales, ni farmacias en la vecindad. A mis oídos llegaban noticias de vecinos de la comunidad que morían a causa del mismo mal que me aquejaba a mí. Era una epidemia que estaba acabando con la vida de muchos. La mía, estaba en peligro.

Me encontraba abrazada en fiebre, sumamente débil, sudando y temblando de frío al mismo tiempo. Todos se habían marchado a evangelizar y me quedé sola, en aquella humilde casucha de campo, a varias horas del dispensario más cercano, sin teléfono, sin automóvil, sin ninguno de esos recursos que nos brindan seguridad en casos de emergencia, ni las comodidades a las que estamos acostumbrados.

Comencé a llorar mientras le decía a Dios: -Yo no sé cómo se te ocurre enviarme a mí a un sitio como este. Tú sabes que yo no sirvo para nada. Tú sabes que soy bien frágil, que me enfermo de nada, que me da alergia hasta el polvo. ¿Por qué, habiendo tanta otra gente fuerte por ahí, se te ocurre enviarme a mí?-

¡Oh, la vasija reclamándole al alfarero! Me sentía tan indefensa, tan insuficiente, tan impotente, tan incapaz y asustada. De repente, las palabras de Pablo retumbaron en mi interior: “... *lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es...*” Me sentí entonces avergonzada. -Está bien, Señor. Perdóname- le dije. De todas maneras, ¿quién puede discutir con Dios? El siempre gana.

En realidad, Dios me estaba diciendo: “Es cierto, eres débil. Por eso te he escogido, para avergonzar a lo fuerte”. Es más, Dios me estaba diciendo “vil y menospreciada, y que no soy nada”. Nada halagador, ¿verdad? Y tiene razón. Es que nada somos sin Dios. Es que siervos inútiles somos (Lucas 17:10) Es que es en nuestra debilidad, que su poder se perfecciona y entonces sólo El merece la gloria (2 Corintios 12:9). Es que somos sólo vasos de barro, para que la excelencia del poder sea siempre de El y no nuestra (2 Corintios 4:7). Es que separados de El, nada podemos hacer (Juan 15:5).

Al día siguiente, la fiebre había desaparecido. Pude partir en la lancha río arriba con los demás, a cumplir la encomienda del Señor, segura de que El estaba en el asunto. La lección quedó bien aprendida.

Oración: “*Gracias, Señor, porque a pesar de mi debilidad e insuficiencia, me has escogido como vaso de barro, para que la excelencia del poder sea siempre tuya y sólo tú recibas la gloria. Ayúdame a mantenerme humilde, reconociendo que nada soy sin ti. Amén.*”

A imagen de Dios

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen

de Dios le creó; varón y hembra los creó”

(Génesis 1:27)

En algunas religiones del mundo, los hombres crean sus propios dioses a su imagen y semejanza. Esto es particularmente cierto en el caso de los muchos dioses de la mitología griega, quienes poseían todas las virtudes y todos los defectos de los seres humanos. Eran, por consiguiente, seres imperfectos, aunque inmortales. Al menos así los concebían los griegos de la antigüedad.

La Biblia postula algo diferente. Según el relato de la creación que se encuentra en el libro del Génesis, fuimos creados, tanto el hombre como la mujer, a imagen y semejanza de Dios. Esa imagen se distorsionó en nosotros a causa del pecado original. Al perder nuestra comunión con Dios, dejamos de mirarle y dejamos de parecernos a El. Nos convertimos en criaturas desobedientes, orgullosas, egoístas, plagadas de maldad. Se nos olvidó como era Dios y olvidamos quiénes éramos nosotros. Perdimos nuestra verdadera identidad.

Ahora bien, ¿cómo es Dios, para que nos parezcamos a El?. La Biblia nos enseña que Jesús “*es la imagen visible del Dios invisible, el primogénito de toda creación.*” (Colosenses 1:15). Si queremos saber cómo es Dios, miremos a Jesús. Si deseamos recuperar nuestra identidad perdida, miremos a Jesús, porque esa identidad sólo se encuentra en El. Romanos 8:29 nos dice: “*Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.*” Eso se refiere a

usted y a mí. Quiere decir que usted y yo fuimos creados conforme a la imagen de Cristo. Fuimos creados para parecernos a Aquel quien es la imagen visible del Dios invisible.

La única manera de poder recuperar la imagen de Dios en nosotros, es tornarnos de nuevo a El, arrepentirnos, aceptar a Cristo como nuestro Salvador y apartarnos del pecado. Si queremos parecernos a Dios, mirémonos en el espejo de Cristo y sucederá lo que Pablo describe en 2 Corintios 3:18: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”*

La Palabra de Dios es el mejor espejo de Cristo. Mirémonos en ella, descubramos a Cristo en ella y seamos transformados en su misma imagen, por el Espíritu del Señor. Recuperemos la imagen perdida, recuperemos en Cristo nuestra identidad como hijos de Dios. Tal vez entonces, cuando otros nos miren, verán el reflejo de Cristo en nosotros y desearán mirarse también en el mismo espejo.

Oración: *“Señor, quiero parecerme a ti. Necesito recuperar mi identidad perdida a causa de mi pecado. Que yo pueda contemplarte y conocerte a través de tu Palabra, para que vea tu gloria y sea transformada en tu misma imagen, por tu Espíritu. Amén.”*

Reflejos de Cristo

*“Todos los que estaban sentados en el Consejo fijaron
la mirada en Esteban y vieron que su rostro se
parecía al de un ángel.” (Hechos 6:15 NVI)*

Hace algún tiempo estuve cuidando a don Esteban, el padre de una amiga, quien llevaba más de dos semanas hospitalizado a causa de una pulmonía doble. Don Esteban era un hombre octogenario, quien padecía varias enfermedades, todas ellas severas. Sin embargo, don Esteban no se quejaba. Don Esteban siempre tenía una sonrisa a flor de labios. Don Esteban reflejaba una paz sobrenatural. Durante las horas que compartí con él en el hospital, cantamos juntos himnos y cánticos de adoración a Dios, leímos porciones de las Sagradas Escrituras, hablamos del amor de Dios y de la certeza de que El es real y de que hay ángeles a nuestro alrededor. Don Esteban decía sonriendo: “La casa está llena de ángeles”, y es que en verdad aquella habitación del hospital estaba llena de ángeles. El rostro mismo de don Esteban se parecía al de un ángel. Don Esteban logró superar varias crisis y la paz de Dios siempre estaba en él.

Don Esteban me hizo recordar a otro Esteban, del cual el libro de los Hechos 6:15 dice: *“Todos los que estaban sentados en el Consejo fijaron la mirada en Esteban y vieron que su rostro se parecía al de un ángel.”* Esteban fue el primer mártir de la fe cristiana. Lucas, médico griego, autor del Evangelio que lleva su nombre y del libro de Los Hechos de los Apóstoles, le describe como lleno de gracia, de sabiduría, y del poder del Espíritu Santo. Estaba tan lleno de la presencia de Dios, que sus últimas palabras fueron: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”. Se refería a los que le apedrearon hasta darle muerte. En medio de las falsas acusaciones,

calumnias y atropellos, Esteban permanecía en paz. Lucas destaca que sus acusadores y otros testigos oculares fijaron la mirada en él y vieron que su rostro se parecía al de un ángel.

Este Esteban fue sin duda alguna un ser humano ejemplar, una criatura de fuera de este mundo. Pero han sido muchos los personajes que como don Esteban, el padre de mi amiga, y como Esteban, el primer mártir cristiano, han reflejado en sus vidas la paz, el gozo y el amor de Cristo, aún en medio de la aflicción, del dolor, de la enfermedad, la persecución y el atropello. La historia registra cientos de mártires que fueron quemados como antorchas vivas y murieron cantando. Muchos más han sufrido todo tipo de situación adversa y la paz nunca les ha abandonado. Es que se han llenado de la presencia de Dios. Es que se han sostenido “*como viendo al Invisible*” (Hebreos 11:27). Es que se han mantenido mirando el rostro de Cristo y terminan reflejándole, como en un espejo.

Usted y yo podemos hacer lo mismo. No podemos hacerlo con nuestras propias fuerzas, pero “*todo lo podemos en Cristo que nos fortalece*” (Filipenses 4:13). A mí misma me han dicho algunas personas: “Yo quisiera tener eso que tú tienes. Yo quisiera poder tener esa paz, esa alegría que tú reflejas.” Me lo han dicho estudiantes de mis cursos de Humanidades, compañeros profesores, amigos. Mi respuesta siempre ha sido la misma: “Lo que yo tengo, tú también lo puedes tener, porque yo no tengo otra cosa que una fe pequeña en un Dios bien grande.”

Todos podemos ser como Esteban. Todos podemos tener paz en medio de la tormenta. Todos podemos sentir amor aún hacia nuestros enemigos. Todos podemos mostrar una sonrisa en medio del dolor. Todos podemos tener el rostro como el de un ángel ante las más adversas circunstancias. Todos podemos ser reflejos de Cristo, si nos mantenemos mirando Su rostro.

Oración: *“Señor, quiero ser reflejo de tu faz. Quiero transmitir a otros la paz, el amor y el gozo que sólo provienen de ti. Lléname de Tu presencia para que pueda lograrlo. Amén.”*

En la Brecha

*“Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado
y que se pusiese en la brecha delante de mí,
a favor de la tierra, para que yo no la destruyese;
y no lo hallé.” (Ezequiel 22:30)*

En el momento en que vino a Ezequiel la palabra profética arriba citada, la tierra de Israel se encontraba plagada de *violencia y corrupción*. ¿Acaso no son éstas dos de las plagas que afectan también al Puerto Rico de hoy? Las palabras “*corrupción*” y “*violencia*” se escuchan a diario en las conversaciones, en los noticieros de radio y televisión, las leemos en los titulares de los periódicos. Son ya tan comunes en nuestro diario vivir que hasta nos hemos acostumbrado a ellas. Una tierra enferma de violencia y corrupción podría atraer hacia sí la ira de Dios. Sin embargo, Dios, en su infinito amor y misericordia, siempre provee alternativas y nos ofrece soluciones.

En el caso de Israel, Dios buscó en vano alguien dispuesto a construir un vallado para proteger la tierra de la ira divina, alguien dispuesto a colocarse en la brecha delante de Dios, para que Dios no destruyera su tierra. Una brecha es un agujero, una hendidura hecha en una muralla por los misiles enemigos. El colocarse en la brecha para defender la tierra es estar dispuesto a recibir uno los ataques del enemigo. Es tratar de evitar que el enemigo continúe su obra destructora. Es cerrarle el paso al enemigo. El construir vallado, por otro lado, es levantar protección.

En el plano espiritual, estamos hablando de intercesión. Estamos hablando de la función sacerdotal que usted y yo como creyentes debemos realizar a favor de nuestro pueblo. Estamos hablando de levantar murallas a través de la oración intercesora ferviente y constante.

Jesús se colocó en la brecha por usted y por mí para detener la ira de Dios sobre nosotros. Jesús intercede por nosotros constantemente. Su sangre derramada en propiciación por nuestros pecados forma un vallado eterno sobre nuestras vidas. Jesús es el sumo sacerdote, el sacerdote eterno, pero ha delegado en nosotros también una labor sacerdotal. La Biblia dice en 1ra de Pedro 2:9 que somos “real sacerdocio”.

Coloquémonos en la brecha delante de Dios, a favor de nuestra tierra. Levantemos vallado de oración intercesora a favor de los nuestros. Usted y yo somos hoy llamados a ejercer nuestra función como embajadores de Dios en nombre de Jesucristo, como sacerdotes escogidos por Dios para interceder por los demás.

En tiempos de Ezequiel, Dios no halló un solo hombre que aceptara esta encomienda. ¿La acepta usted? El llamado está hecho...

Oración: *“Dios, ten misericordia de nuestro pueblo. Derrama tu Espíritu para que los corazones endurecidos por el odio y el rencor depongan las armas de la violencia y tengamos paz. Que los que los corruptos se tornen a ti y sean transformados por el poder de tu amor. Que perdonemos como tú nos perdonas, para no volver a pecar. Amén.”*

Buscando lo excelente

*“Y ciertamente aún estimo todas las cosas como
pérdida por la excelencia del conocimiento de
Cristo Jesús, mi Señor, por amor al cual lo he
perdido todo, y lo tengo todo por basura,
para ganar a Cristo.” (Filipenses 3:8)*

Es normal y saludable que los seres humanos aspiremos a alcanzar cosas mejores. El que practica el deporte, sueña con llegar a ser campeón. El estudiante aspira a obtener las mejores calificaciones. El empleado espera un ascenso en posición y salario. El artista desea que cada una de sus obras supere en méritos a las anteriores. Queremos una mejor casa, un mejor automóvil. Deseamos vernos y sentirnos mejor. Por eso hacemos ejercicios, guardamos dietas (o al menos lo intentamos). El deseo de superación nos motiva a seguir adelante. Cuando ese deseo desaparece, nos estancamos, nos deprimimos, nos mustiamos y comenzamos a morir lentamente.

Sin embargo, todo lo que logramos alcanzar en esta vida, es pasajero. Nuestros triunfos, nuestros galardones y reconocimientos, nuestros ascensos terrenales, duran tan poco. Son tan fugaces como la vida. Nuestros títulos, nuestros logros, nuestros tesoros materiales, cumplen una función y nos son útiles por un poco de tiempo. Nos llenan de satisfacción momentáneamente, pero después de eso... ¿qué?

Debemos comenzar a trascender. Debemos tornar nuestra mirada hacia lo eterno. Debemos trazarnos metas mucho más excelsas y excelentes que dirijan nuestros pasos hacia la verdad

última y el conocimiento supremo. Tal verdad es Cristo Jesús, el Hijo de Dios. No hay nada mayor, no hay cosa alguna que pueda superar la excelencia del conocimiento de Cristo. Cuando comprendemos esto, nos disponemos, como Pablo, a renunciar aún a las cosas que antes considerábamos tan valiosas, con tal de ganar a Cristo. No nos importa perderlo todo, con tal de tenerlo a El. Títulos, bienes, fama... todo palidece ante la excelencia del conocimiento de Cristo, Señor nuestro... *“por amor al cual lo he perdido todo y lo tengo todo por basura...”*

Busquemos progresar, procuremos superarnos, anhelemos cosas mejores, pero recordemos que todo eso pasará. Persigamos un objetivo mayor, vayamos tras lo verdaderamente excelente y sin tornarnos atrás, prosigamos *“a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”* (Filipenses 3:14). Amén.

Oración: *“Dios, ayúdame a poner en su justa perspectiva todas las cosas. Que no me deslumbre por las cosas pasajeras. Que busque siempre lo excelente. Que mi meta esté trazada en la eternidad y en el conocimiento de ti Hijo Jesucristo, camino, verdad y vida. Amén.”*

Tiempo de decidir

“... escogeos hoy a quién sirváis.”

(Josué 24:15)

Cuando nos convertimos a Cristo, venimos a El en el estado en que somos rescatados, llenos de pecados y de hábitos malsanos. Nacemos de nuevo en El, pero aún quedan áreas en nuestra vida que necesitan liberación y transformación. Comenzamos a caminar en novedad de vida. Aprendemos a pensar de otra manera. Poco a poco vamos cambiando hasta la forma de hablar y de mirar el mundo. Es un proceso que dura toda la vida. Vamos venciendo de batalla en batalla, creciendo de gloria en gloria, hasta llegar a la estatura de Cristo, transformados por el poder de su Santo Espíritu y por el conocimiento de la Palabra de Dios.

Muchas veces las batallas se dan en el entorno en que transcurre nuestra vida diaria: en nuestro hogar, en nuestro lugar de empleo, entre nuestras amistades. Hemos sido rescatados de nuestra pasada manera de vivir por el Señor, pero los que nos rodean no han cambiado. Es entonces que comienza la presión de grupo. Otras veces, las batallas ocurren en nuestro interior. En uno u otro caso, es el tiempo de la decisión.

El pueblo de Israel fue confrontado por el profeta Josué. Dios les había libertado de la esclavitud de Egipto, les había bendecido, les había concedido la victoria ante los enemigos, les había instruido en aquello que era Su voluntad. El pueblo había comenzado a caminar libre y victorioso, pero aún quedaban vestigios de idolatría escondidos. Josué les confronta con palabras duras: *“Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses*

a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los amorreos en cuya tierra habitabais; pero yo y mi casa, serviremos a Jehová.” (Josué 24:15).

Usted y yo somos confrontados por la Palabra de Dios de igual manera, cada vez que nos vemos en la encrucijada de la decisión. ¿Serviremos a Dios, o a los ídolos? Los ídolos pueden ser cualquier persona, idea o cosa que nos aparte de Dios, que nos robe el tiempo que debemos dedicarle a El, que se vuelva objeto de nuestra adoración, o que nos cree dependencia. Son muchos los reclamos de dioses ajenos a nuestro alrededor. Son muchas las voces, las imágenes, los ídolos que nos rodean. ¿Reconoce usted el acecho de alguno? ¿Quedará algún ídolo escondido en algún lugar de su corazón o de su entorno?

Las palabras de Josué aún resuenan en nuestro tiempo: “... *escogeos hoy a quién sirváis.*” Nos toca a nosotros decidir. Josué le ordenó al pueblo: “*Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel. Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos.*” (Josué 24:23-24). Hagamos lo mismo.

Oración: “*Señor, ayúdame a reconocer los ídolos escondidos y a deshacerme de ellos. Perdona aún mis pecados ocultos. Me apartaré de todo lo que me aparte de ti. Sólo te serviré a ti y sólo obedeceré tu voz. Ayúdame para que así sea.*”

Venciendo las Tentaciones

“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.”

(1 Corintios 10:12)

Hay momentos en la vida del creyente en los que se nos presentan como en bandeja de plata las tentaciones. Una tentación es tentación porque nos atrae de alguna manera. Santiago nos dice en el capítulo 1:14 de su epístola: “... cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido.” Claro, el ser tentado no es pecado. Pecado es ceder a la tentación. Por eso, el mismo Santiago nos dice en el capítulo 2:12: *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman.”*

Debemos estar conscientes de que la tentación puede sobrevenir en cualquier momento, para que estemos preparados para combatirla. 1 Corintios 10:13 dice: *“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación, la salida, para que podáis soportar.”*

Para poder vencer las tentaciones debemos, primero que nada, conocer la Palabra de Dios. Es nuestro guía, nuestra brújula, nuestro manual de instrucciones, nuestro mapa del camino. Si no la conocemos, nos perderemos en el camino, tropezaremos, seremos confundidos y engañados. Si la conocemos y la utilizamos adecuadamente y en el momento preciso, nos servirá para combatir la tentación y reprender al tentador.

En segundo lugar, debemos ser obedientes a la Palabra de Dios. De lo contrario, careceremos de autoridad para reprender al maligno y para vivir en victoria.

En tercer lugar (aunque no necesariamente en este orden), debemos procurar ser llenos del Espíritu Santo. La batalla contra la tentación no se puede dar con armas carnales, pues se trata precisamente de “*crucificar la carne con sus pasiones y deseos*” (Gálatas 5:24). Esto sólo puede hacerse cuando andamos en el Espíritu: “*Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne.*” (Gálatas 5:16)

Ninguno de nosotros está exento de caer en tentación. El reconocerlo, nos ayuda a estar alerta. Valoremos el consejo de Pablo: “*Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga*”(1 Corintios 10:12). Vivamos agarrados de la mano de Jesús, totalmente dependientes de Su gracia redentora y de Su poder. Seamos obedientes a Su palabra. Sometámonos al Espíritu Santo y revistámonos de la armadura de Dios. Sólo así podremos hacerle frente al maligno y salir airosos ante la tentación. Solos, no lo lograremos. Con la ayuda de Dios saldremos victoriosos.

Oración: “*Señor, me someto totalmente a ti. Confieso mis áreas vulnerables y reconozco que soy frágil. Viviré en obediencia a tu Palabra y me dispongo a crucificar la carne con sus pasiones y deseos. Dame poder para vencer al tentador. Gracias. Amén*”

Hay que ser como un niño

Descubrimiento

(Para Roble niño)

*He descubierto el mundo tras tu mirada, pequeño niño
y al contemplarlas tras los vitrales de tus ventanas
se han vuelto nuevas todas las cosas.*

¡Con cuánto asombro te ibas bebiendo

una tras una todas las formas!

¡Con qué dulzura te apoderabas

tras tus pestañas del infinito!

¡Qué de sorpresas multicolores

me devolvías con cada gesto!

Has transformado, pequeño niño,

con tus ojazos el Universo!

La mirada de los niños, inocente y pícara al mismo tiempo, desborda pestañas afuera sentimientos que brotan de corazones que no se han contaminado aún con la maldad del siglo. Los ojos de los niños lo escudriñan todo y se pasean por los contornos de las cosas exteriores, para entonces regresar de nuevo y perderse en los espacios sin tiempo del mundo interior. La

mirada inocente de Roble, el mayor de mis sobrinos varones, inspiró hace varios años el poema que encabeza este escrito y me hizo re-descubrir el universo a través de sus ojos.

Los adultos, a costa de hacer siempre las mismas cosas, nos tornamos muchas veces aburridos, amargos, rígidos. Nos hacemos insensibles. Perdemos la capacidad para el asombro. La rutina nos envuelve y dejamos de mirar lo que es verdaderamente importante.

Olvidamos que, como dijo Saint-Exupery en su clásico *El Principito*, “No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”. Miramos, pero no vemos. Dejamos de escuchar el verdadero mensaje que se esconde detrás de las palabras, el sonido del silencio. Tememos mirarnos a los ojos (tal vez para que no descubran las tinieblas en los nuestros). Pasamos por alto una sonrisa. Nos cohibimos del abrazo. Se nos olvida la importancia de una palabra a tiempo. Nos hacemos ajenos al dolor del otro. Ya no sabemos reír y las cosas sencillas nos confunden. ¡Nos hemos vuelto tan complicados!

El llamado a recuperar la inocencia perdida, la pureza de alma, el niño que duerme en nosotros, no es solo deseable, es necesario. Jesús de Nazareth, el Dios encarnado, dijo: “... *si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.*” (Mateo 17:3-4)

Cuando Cristo llega a nuestras vidas, se produce un nuevo nacimiento. Nuestros pecados son borrados. Recuperamos la inocencia de corazón y de mente que se había perdido a causa del pecado. Los corazones de piedra se ablandan y se tornan tiernos. Vuelve el entusiasmo por la

vida. Volvemos a reír. Dios pone un cántico nuevo en nuestros corazones. ¡Sin ese nuevo nacimiento es imposible ver el Reino de Dios! (Juan 3:3).

Escudriñemos nuestros caminos y nuestros corazones. Dejemos que la Palabra de Dios nos transforme y que el Espíritu Santo nos renueve. Volvamos a ser niños en la pureza de corazón y en la inocencia de las acciones. Atrevámonos a reír, atrevámonos a amar en el amor de Cristo, atrevámonos a mirar con los ojos de un niño y el universo entero será transformado. Sólo así lograremos ver el reino de Dios.

Oración: *“Señor Jesús, me he convertido en un adulto aburrido y amargo. Necesito nacer de nuevo para recuperar la inocencia perdida. Perdona mis pecados. Dame un corazón nuevo. Lléname de tu gracia y límpiame de mi maldad. Sólo así podré ser como un niño y ver tu reino. Gracias, Dios. Amén”*

Despierta al niño que duerme en ti

*“Los adultos son decididamente gente
muy extraña.” A. De Saint-Exupery*

¿Cuánto hace que usted no camina descalzo sobre la grama mojada, o sale a mirar las estrellas, o a contemplar la Luna en todo su esplendor? ¿Cuándo fue la última vez que usted se tiró al suelo a jugar con un niño, o se bañó con la manguera de su casa? Los adultos nos volvemos a veces aburridos. Somos gente muy extraña. El miedo al qué dirán los demás nos cohibe de hacer tantas cosas divertidas y sanas.

Un sábado fui a Ponce con dos queridas amigas. En uno de los principales centros comerciales de la ciudad señorial hay un carrusel. Los carruseles me han parecido siempre tan románticos. Lástima que haya tan pocos. ¡Los niños tienen tan pocos lugares de diversión! Con razón los padres se vuelven locos buscando alternativas para los días de vacaciones. Como dentro de cada uno de nosotros hay un niño dormido, mis amigas y yo decidimos despertarlo y complacerlo aunque fuera por un día.

Fuimos primero a La Guancha. Subimos a la torre de observación. Miramos desde la altura la gente pasar, los peces y aves marinas acercarse a las personas en espera de una migaja de pan, las montañas en la lejanía, la isla Caja de Muerto, que desde aquel lugar no lo parece.

Decidimos luego llegar al carrusel. Las tres montamos los caballitos. Las tres disfrutamos como niñas mientras dábamos vueltas al compás de la música montadas en los caballos que bajaban y

subían. Desde allí, nos percatamos de que una distinguida dama nos observaba. Había llevado a una nieta al carrusel, pero ella se había quedado afuera como espectadora. La mirada de la dama nos perseguía mientras el carrusel giraba. Cuánta melancolía había en sus ojos, cuánta nostalgia... Estuvimos a punto de decirle: “¡Hey, ánimo, suba usted también!”, pero sabíamos que no lo iba a hacer. No se iba a atrever, aunque en su mirada se leían tantas cosas... “Qué mucho se están divirtiendo... me gustaría hacer lo mismo... envidio esa libertad...” Cuando bajamos del carrusel, nos sonrió simpática y empáticamente. Fuimos de allí a comer barquillas. La dama volvió a toparse con nosotras. Le hubiera gustado tal vez unirse a nuestra parranda, o aunque fuera a solas, hacer lo mismo, pero el “qué van a decir los demás... estoy muy vieja para eso... me veré ridícula... no me atrevo...” la detenía.

Unos días antes había ido al parque con mi sobrino. Monté con él al sube y baja, me mecí en los columpios. En la playa, dejé que me llenara de arena con la excusa de su parte de que era bueno para mi piel. Hicimos entre los dos una escultura en la arena con el rostro de Cristo, colocamos una ramita como la corona de espinas en su frente y le escribimos debajo JESUS. Fue nuestra manera de proclamar el Señorío de Jesús en aquel lugar. Nos atrevimos. Jugamos, compartimos, reímos. Dejé salir la niña que hay en mí, como la dejaron salir mis amigas aquella tarde en la ciudad señorial, como lo hubiera querido hacer la distinguida dama que nos observaba.

Los adultos somos a veces muy extraños. Dejamos pasar las mejores cosas porque “somos gente seria”. Cuántas veces nos perdemos experiencias extraordinarias por no atrevernos. Hemos perdido espontaneidad e inocencia. Jesús mismo dijo: *“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino delos cielos.”* (Mateo 18:3-4)

Dejemos salir de vez en cuando a la niña, al niño que duerme en nosotros. Dejemos que se despierte y juegue por un momento. Aprendamos a reír sanamente, a disfrutar de las cosas simples de la vida y a mirar con los ojos de un niño. Tal vez descubramos grandes cosas. Tal vez nos acerquemos más a Dios. Tal vez amaríamos más al prójimo. Tal vez nos pareceríamos más a Jesús.

Oración: *“Señor Jesús, enséñame a re-descubrir el mundo con los ojos de un niño. Limpia mi corazón de tanta contaminación. Devuélveme la risa que se ha perdido en el tiempo y ayúdame a parecerme un poco más a ti. Amén”*

De la Amistad

*"Los hombres ya no tienen tiempo para conocer nada;
compran las cosas ya hechas a los comerciantes;
pero como no existe ningún comerciante de amigos,
los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo,
¡doméstícame!" - El Principito, Antoine de Saint-Exupery*

Uno de los principales problemas que aquejan a la humanidad es la soledad, no la soledad física, pues nos hayamos rodeados de gente, sino la soledad existencial. No hay peor soledad que la soledad entre la gente. Nuestras vidas agitadas se han convertido en rutina, a costa de hacer siempre las mismas cosas y luchar contra el tiempo. Nos levantamos sin haber dormido lo suficiente, para emprender la carrera loca de repartir niños a las escuelas, a veces sin desayunar, para luego de unas horas de congestión de tráfico llegar en el último minuto a nuestro trabajo. Allí también nos enfrascamos en nuestras tareas sin dedicar ni una sonrisa al que nos pasa por el lado y en medio de nuestra ofuscación, sin querer, herimos. Regresamos al hogar al final del día, después de unas cuantas paradas para buscar la ropa que algún día dejamos en la lavandería y que ya habíamos olvidado, comprar comida en el supermercado y recoger los niños, para entonces ayudarles a hacer las tareas, cocinar y hacer mil trabajos más. No tenemos tiempo para nada.

Como si eso fuera poco, nos arroja un consumismo rampante que nos hace creer que todo lo que anuncian en la tele y la radio es indispensable para vivir y aunque no tengamos con qué, corremos a comprarlo, sobre todo, si está en especial (y aunque no lo esté). Todo se

consigue al instante en el escaparate. Si algo no nos gusta o nos cansa, lo desechamos y compramos otra cosa. Todo es desechable, hasta las relaciones humanas. El acelerado ritmo de vida, el consumismo, y otras tendencias crecientes en nuestra sociedad han impactado nuestras vidas. Nos hemos ido materializando, nos hemos ido endureciendo, nos hemos ido quedando solos. Hemos dejado de tener amigos, porque como dijo Saint-Exupery, "no existen comerciantes de amigos" y no tenemos tiempo para hacer amigos/as por nuestra propia cuenta. Alfonso Rey escribió acertadamente:

"... Porque

Amar es dar y sólo con

dolor consigue dar quien

habitualmente vive

esperanzado de recibir.

Amar es servir,

y de lo que el hombre gusta

es de ser servido.

Amar es renunciar,

y el hombre siempre aspira

de inmediato a cosechar.

¿Cómo, entonces no le va

a resultar costoso amar?

Los amigos, como el amor, no se compran. Los amigos se hacen. Para hacer amigos, hay que saber serlo. Para tener amigos, hay que dedicarles tiempo. Toda verdadera amistad
"Estampas del Camino", por Gilda Orlandi

comienza con ese proceso de "domesticación" mutua de que habla Saint-Exupery y culmina con esa sublime e intensa intimidad del alma que nos enriquece y hace ser mejores personas. Para ser amigo/a hay que saber dar y saber recibir. A veces implica el dar sin esperar nada a cambio. Para ser amigo hay que estar dispuesto a dejar de pensar un poco en nosotros mismos para pensar en la otra parte, a morir un poco a nosotros mismos para renacer en la otra orilla. En toda verdadera amistad hay algo de "enamoramiento" en el sentido más puro y excelso de la palabra, enamoramiento, admiración y respeto. Nuestra cultura no tiene un vocablo adecuado para expresar el sentimiento de la verdadera amistad. Decirle "te amo" a un amigo o amiga puede asustar, ya que puede sonar demasiado apasionado (es que nuestra cultura es así, apasionada). "Te quiero mucho" resulta superficial y poco profundo. ¡Tendremos que re-inventar palabras! En ausencia de palabras, demostrémoslo con hechos (aunque a veces es saludable decirlo también).

Ser amigo/a es identificarse con el dolor del otro/a y también con su alegría. Es el compartir los momentos buenos y los no tan buenos. Es el saber escuchar, el poner una mano en el hombro cuando el apoyo y el respaldo hacen falta. Es el extender la mano en la necesidad y el enjugar una lágrima en la angustia. Es el atreverse a abrazar sin miedo, en medio de una sociedad que todo lo ha sexualizado. Es el amar porque sí, porque nos sale de adentro. Es el subir a la montaña y escuchar en medio del silencio el sonido de lejos de una cascada. Es el disfrutar de la misma luna desde parajes distantes y reír juntos, trabajar juntos, superarse juntos (el contribuir a que alguien se hunda no es de amigos, sino de enemigos). Es el estar dispuesto a llorar en el momento de la partida, de ser necesario y atesorar el instante compartido después del tiempo. Para ser amigo/a hay que hacerse vulnerable y eso asusta. Ante un amigo/a, se desnuda el alma. Hay que arriesgarse a ser herido. Hay que estar

"Estampas del Camino", por Gilda Orlandi

dispuesto/a a perder para ganar, pero siempre hay ganancia en la amistad, ganancia que no se mide en balanzas de mercado, pero se mide en regocijo del alma y crecimiento espiritual. La amistad es un regalo de Dios.

El sabio rey Salomón dijo en uno de sus proverbios: *"En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia"* (Proverbios 17:17). Añadió luego: *"El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo; y hay amigo más unido que un hermano"* (Proverbios 18:18). ¡Cuánta falta nos hace cultivar amigos! Es un bálsamo para el alma cansada, un refrigerio para el alma, un apoyo en la necesidad. El verdadero amigo permanece a nuestro lado cuando todos se han ido, nos acompaña cuando los demás nos abandonan, nos defiende cuando otros nos juzgan, nos aconseja cuando nos desviamos del camino y nos ayuda a ser restaurados.

Todos los años se celebra el Día de la Amistad. Qué bueno sería que todos los días fueran "día de la amistad", día para compartir, día para regalar aunque fuera una flor, una sonrisa, un abrazo a tiempo. Tenemos que hacer altos en el trajín cotidiano para sonreír, para saludar, para abrazar, para Amar con "A" mayúscula, para hacerle sentir a esos amigos especiales que son importantes para nosotros, que nos preocupan, que pueden contar con nosotros.

Mahatma Gandhi dijo: "Si un solo hombre consiguiese vivir alguna vez la más elevada forma de amor, ello bastaría para neutralizar el odio de millones de otros hombres." Hubo quien lo hizo, Jesús de Nazareth. El más grande gesto de amor lo expresó en la cruz. Fue el mismo Jesús quien dijo a sus discípulos: *"Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros"* (*Estampas del Camino*), por Gilda Orlandi

otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por los amigos" (Juan 15:12-13). No es un consejo, amar es un mandamiento divino, Amar con "A" mayúscula. Juan, el Apóstol del amor, escribió en su Primera Epístola 4:7-11: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos nosotros amarnos unos a otros." Si Jesús mismo, el Dios encarnado, nos amó de tal manera y valora de tal forma la amistad, lo menos que podemos hacer nosotros es tratar de imitarle en algo. Amemos a nuestros amigos (aún a nuestros enemigos, como El enseñó también). Repartamos alegría, paz, afecto del bueno. Sembremos semillas de amor. Atrevámonos a Amar. El Apóstol Juan escribió en la misma Epístola: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor" (1 Juan 4:18).

Expresemos ese amor en pequeños gestos diarios, sin esperar ocasiones especiales. Todos los días son días del amor y la amistad. Hagámonos de amigos. "Domestiquemos" y dejémonos "domesticar" por aquellos seres especiales con los que sintamos afinidad. No tengamos miedo al Amor. Una amistad puede llegar a alcanzar esa elevada forma de amor de la que habló Gandhi. Una pequeña llama puede alumbrar en medio de las tinieblas. Tal vez el odio, la soledad, la incomprensión y la violencia cedan ante el poder del infinito Amor de Dios manifestado en nosotros. Saquemos tiempo para Amar.

Oración: *“Señor Jesús, quiero amar a otros con tu Amor. Ayúdame a ser más sensible al dolor y a las necesidades de los demás. Ayúdame a ser más tierna, más comprensiva, más cuidadosa de mis palabras y acciones. Ayúdame a ser la buena amiga que mis amigos necesitan y que en mí te vean a ti, el mejor amigo de todos. Amén.”*

La flor del camino

*“... la lluvia se fue; se han mostrado las flores
en la tierra. El tiempo de la canción ha
venido...”(Cantares 2:11-12)*

Acabo de darle los buenos días a una flor. Fue el primer ser que me encontré en el camino (con el permiso de las yerbas, pero fue que me tomó tan de sorpresa). Nunca la había visto por aquellos lares. Yo venía embebida, lista para cumplir mi labor de cada día, cuando me llamó desde su callado espacio. Era pequeñita, muy parecida a una orquídea lila. Tuve que detenerme a contemplarla. Era tan linda...

Había llovido mucho la noche anterior. Aún quedaban las últimas gotitas flotando en el aire... y en las hojas. Las otras florecitas (las fui descubriendo poco a poco, a medida que seguía mi camino) habían salido a refrescarse. ¡Estaban tan contentas! Parecía una fiesta de flores.

... Las flores son tan simples y hermosas. Parece que guardan orgullosas un secreto que callan cuando alguien se acerca, pero queda el rubor, y una leve sonrisa de travesura, de coquetería ingenua.

A veces me siento un poco como el personaje principal de “El Principito” de la obra de Antoine de Saint Exupery... La gente grande todo lo daña. Aún yo, a veces me comporto como un adulto amargado, y me avergüenzo de mí misma. A veces “no tengo tiempo para nada”... Pero esta mañana, la flor me hizo caer en mí. Continué hacia mi trabajo sintiéndome nueva.

Si algún día te encuentras una flor en tu camino, no temas detenerte por un momento. Las flores son inofensivas, aunque tengan espinas. Te perfumará, te refrescará... y puede tener algo muy importante que decirte, uno nunca sabe... algún mensaje muy serio y profundo de parte de Dios... Detente... escúchala en silencio... y comprenderás...

“Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aún Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?”(Mateo 6:28-30)

Oración: *“Señor, perdóname cuando ando tan a prisa y se me olvida apreciar las obras de tus manos. Gracias por las flores y por todo lo hermoso que has creado. Gracias, porque valemos para ti mucho más que ellas, aún cuando son tan hermosas.”*

Fantasía del año 2300

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” (Romanos2:3)

Caminando sobre los escombros de lo que parecía ser un enorme vertedero de desechos tecnológicos y maquinaria fuera de uso, una joven vestida de harapos, sucia y despeinada escondía algo entre sus manos. La joven llevaba como pulsera un cordón lleno de tuercas y una ruda cadena con un tornillo grande colgando del cuello. Miró de lado a lado, como para asegurarse de que nadie más la estaba viendo, y me dijo, en tono confidencial, con la inocencia de una niña, aunque ya no lo era, mientras me mostraba lo que escondía entre sus manos:

-“... Shhh... es una flor... la encontré esta mañana, entre los escombros. Las flores ya no crecen en mi país. Esta es una rareza. Está prohibido tenerlas. El progreso lo prohíbe. Nadie sabe que la encontré. Es tan linda, ¿verdad?... si hasta huele y todo... Yo nunca había visto una flor... más que en los estantes de literatura prohibida, en los retratos de las enciclopedias censuradas, cuando nadie me ve... Además, en mi casa, en un viejo baúl olvidado donde nadie busca nada, hay un libro que habla de las flores. Dice que tienen aromas distintos y colores diferentes. Algunas salen en primavera. Yo no sé lo que es la primavera. En mi país siempre es igual.

Hay una gran bóveda que nos cubre a todos para protegernos de un gran mal que está al otro lado y que nos quiere destruir la piel con sus radiaciones... Está prohibido decir su nombre... Es una

luz muy grande a la que, según un libro de esos prohibidos, le llamaban Sol los antiguos... y es una estrella. ¿Usted sabe lo que es una estrella? Yo nunca he visto una. Dicen que están en el cielo, pero eso tampoco se puede mencionar. Dicen que está detrás de la cúpula. Nadie en mi país lo ha visto. El libro dice que es azul a veces, otras, blanco... a veces se torna negro, gris, y hasta violeta y anaranjado. Debe ser muy lindo el cielo... como una gran cortina que cambia de colores. A veces tiene unos puntitos brillantes que son las estrellas... y una gran pelota que resplandece y que a veces se vuelve boca que se ríe. Dicen que se llama Luna. Nunca se ve cuando sale el Sol. Me pregunto ¿por qué? ¿Le tendrá miedo también a las radiaciones...?

En mi país no se puede hablar del cielo, ¿saben?... pero en mi baúl hay muchas cosas prohibidas que me han enseñado mucho. Es una herencia de familia. Nadie sabe que lo tengo. Mi país es muy raro... Todo está bien en mi país, no piensen lo contrario... pero en el viejo baúl he encontrado tantas cosas... Un día encontré una carta. La carta decía ‘Te amo’. ... Te amo... yo nunca había oído esa palabra, y cuando pregunté en la escuela lo que quería decir, me encerraron en un salón oscuro de castigo para que no lo volviera a repetir, porque en mi país no se puede decir ‘Te amo’...

Pero un día me encontré a una ancianita de esas que marginan porque es una inadaptada, usted sabe, que está medio loca... Ella me habló del amor. Me dijo que es algo difícil de describir, pero que se siente aquí, dentro del pecho, y es dulce... y me dijo muchas palabras que están prohibidas en mi país. Me habló de la ternura y de la lágrima y del suspiro... y de repente, yo sentí algo extraño dentro de mi pecho... Era como el revolotear de un pájaro de esos que sólo quedan en los zoológicos científicos para experimentos... y un agua salada bañó mis ojos. Ella me dijo que era llanto... y que el pájaro dentro del pecho era un poquito de amor... y que era bueno sentirlo...

pero que me cuidara de no llorar delante de nadie de mi país, porque me delataría.

La viejita no volvió más. Fue transformada en energía (en mi país no se puede hablar de la muerte)... pero me dejó un regalo... un libro viejo que también está prohibido tenerlo. Lo guardo en mi baúl. Es un libro muy extraño que habla de Dios. En mi país no se puede hablar de Dios. Dicen que fue un invento de los antiguos para engañar al pueblo... pero, ¿quiere que le diga una cosa? Eso no es cierto. Dios está vivo... yo lo sé... igual que está vivo el amor... y existe, como existe el cielo detrás de esa cúpula... y una flor entre los escombros. Un día lo voy a gritar a los cuatro vientos, aunque me tengan por loca y me encierren en el cuartel de los enajenados peligrosos. ¿Y saben una cosa?... En mi país hay muchos que piensan como yo... pero se avergüenzan de decirlo... claro, como es prohibido...

Pero dígame usted, luego de encontrar una cosa tan linda como ésta, ¿cómo no voy a creer en Dios, en el amor, en el cielo, en las flores...? Sería tonto de mi parte. Tal vez se muera mañana, pero me trajo esperanza (otra palabra prohibida)... Su recuerdo alentará mis días. Además... nadie sabe... tal vez encuentre otra... pero si no, haberla tenido será suficiente... Si algún día usted se encuentra una flor entre los escombros de su país, tómela como un regalo de amor, como una sonrisa de Dios para los hombres... Son como las estrellas de la tierra, una rareza... Allá en lo alto, detrás de la cúpula, hay muchas flores que resplandecen en la noche, como puntitos brillantes sobre una gran cortina que cambia de colores... y una pelota redonda que a veces se torna boca que se ríe... y aquí en mi pecho vive un pájaro revoloteando... y hay llanto en mis ojos... y existe Dios...”-

Oración: *“Señor, no permitas que las corrientes del siglo, nocivas para la naturaleza que tú
“Estampas del Camino”, por Gilda Orlandi*

has creado, y para el ser humano mismo, me hagan quitar a mirada de ti. Que nunca llegue a dudar de tu existencia y que mi corazón nunca se cierre al amor. Que puede verte en todo lo que Tú has creado y aprenda a respetar y a cuidar de tu obra. Amén.”

BREVES PENSAMIENTOS DE UN ARBOL

"No cierres tu corazón lo humano.

Correrías el peligro de dejar de

ser hombre"

Amanecer...

Un fresco olor a nuevo se sentía en el ambiente, novedad de renacer, novedad de vida nueva. Despereza mis ramas superiores cuando un dulce coro de voces infantiles sacudió de mi verde alma el cansancio de los años. La nueva generación se iniciaba en las aulas escolares. Criaturas inocentes que por doce años vería crecer, reír, llorar.

Llegaban y se irían, pero mientras tanto serían mis huéspedes; se acogerían al maternal regazo de mi sombra, como si allí encontraran la paz interior que el voluptuoso mundo moderno les había negado.

Allí se conocieron. Allí jugaban. Allí dejaban correr su imaginación en las fantasías que al transcurrir de los años sólo perduran en las almas puras y en los poetas.

Reían. Colgaban de mis ramas, saltaban en mis raíces. Conocían mi paciencia y me querían. Yo, en mi quieta y muda alegría, reía con ellos.

A veces me asombro de mi gran humanidad a pesar de ser un simple y común miembro de la flora de mi país. Y me asombro más al ver a ciertos humanos vegetantes. Pero la vida es así.

Los niños se habían cansado de sus juegos. Reposaban en mi sombra. Merendaban unos, dormitaban otros. Era aquella paz interior, aquella identificación mutua la que nos hacía felices. No parecía que nos separaban barreras naturales.

Se encontraban en un casi completo éxtasis, como el que por vez primera siente la presencia de Dios. Es extraño que tantos humanos sólo sientan esa transformación interior al estar en contacto con la naturaleza. Parece que olvidan que ellos también son parte de la Creación. Si recordaran esto tal vez habría menos prejuicios y rencores. O ya que sólo entonces se encuentran a sí mismos, ¿por qué al mirar la naturaleza no tratan de verla?

El hombre moderno vive tan agitadamente que rara vez se detiene a apreciar los verdaderos valores de la vida. Sus mundos interiores se llenan de vacío; vacío de tanto mirar y no ver; de tanto tener y no apreciar; de tanta muchedumbre y tanta soledad.

Pero al ver a los estudiantes bajo mi sombra meditando, recordando mi humanismo, sentí una triste alegría indescriptible y comprendí que no todo se había perdido.

El tiempo había pasado. El sol se encontraba en el cenit y a mis pies se había formado un enorme círculo grisoscuro.

Allí estaban los niños que ya no eran niños. Habían cambiado, mas comprendiendo que yo era el mismo veían en mí un confidente. Sabían que mudo guardaría sus secretos. Los consolaba con mi silencio, que es más sincero que las vanas palabras.

Porque cuántas veces he visto desdichados que buscan quien oiga sus penas y sólo encuentran desprecio. Y he visto cómo el viento, que en su seductivo paso arranca mis hojas, también se lleva palabras. Y cómo este sagrado don ha sido usado en tan viles propósitos.

Parece absurdo que sea yo quien piense estas cosas, pero tras haber observado generaciones, tras haber escuchado en mi mudo silencio por años y años, he adquirido un gran conocimiento de la naturaleza humana. Y son muy pocos los humanos que tienen tiempo para reflexionar. No se han encontrado a sí mismos y no pueden comprender a sus semejantes.

Por eso mis "hijos humanos" acudían a mí. Pero el sol aceleró su paso y ya han abandonado las aulas.

Han pasado doce años como doce horas. Todo fue como el sueño de un día.

Atardecer...

Ya se oye el coquí de mi tierra y acompaña mi soledad. En mi tronco se encuentran nombres grabados, y en mi verde alma, recuerdos.

Oración: *“Dios, bendice a los niños de mi país. No permitas que la inocencia de los corazones se marchite. Y a nosotros los adultos, ayúdanos a mantenernos niños en pureza de alma. Que nos mantengamos sensibles al dolor de los demás y que nuestros corazones nunca se endurezcan. Que tu Amor siempre viva en nosotros. En el nombre de Jesús. De te lo pedimos. Amén.”*

* Publicado por primera vez en el Anuario de la Clase Graduanda de 1965 de la Escuela Superior de la Universidad de Puerto Rico. Fue escrito por la autora a los 17 años de edad

Referencias

1. Chocolate en la Plaza Mayor
* Publicado por primera vez en la revista “La Toga” del Colegio de Abogados de Puerto Rico, VOL XI, Núm. 1, Enero de 1979
2. Ave sin rumbo
* Publicado por primera vez en la Internet en el año 1999 en esta dirección: <http://www.geocities.com/gildaorl/AVESINRU.HTM>
3. El mejor regalo nos lo hizo Dios
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el sábado 2 de diciembre de 2000, pág. 84
4. Sobre la tierra paz
* Publicado por primera vez en la Internet en 1998 en esta dirección: <http://www.geocities.com/gildaorl/PAZENLAT.HTM>
5. Año nuevo, vida nueva
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el domingo 31 de diciembre de 2000, pág. 108
6. Caminemos en la luz
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el sábado 23 de septiembre de 2000, pág 90
7. En las manos del alfarero
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el martes 16 de diciembre de 1997, pág.67
8. Vosotros sois la sal de la tierra
* Publicado por primera vez en la Internet en 2000 en esta dirección: <http://www.geocities.com/gildaorl/SALDELA.HTM>
9. La naturaleza nos habla de Dios
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el domingo 10 de junio de 2001, pág. 126

10. Tú puedes empezar de nuevo
** Publicado por primera vez en la Revista "Por Dentro" del periódico "El Nuevo Día" el sábado 23 de junio de 2001, pág. 88*
11. Salida para tu crisis
** Publicado por primera vez en la Revista "Por Dentro" del periódico "El Nuevo Día" el sábado 21 de julio de 2001, pág. 78*
12. A ti volvemos nuestros ojos
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 21 de octubre de 2001*
13. Raíces de amargura
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 2 de septiembre de 2001*
14. En la fragua del dolor
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 9 de septiembre de 2001*
15. Por nada estéis afanosos
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 30 de septiembre de 2001*
16. Mirad las aves del cielo
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 26 de agosto de 2001*
17. Lo débil del mundo escogió Dios
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 14 de abril de 2002*
18. A imagen de Dios
** Publicado por primera vez en la columna "Rocío para el alma" de la Revista "El Vigía" de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 16 de septiembre de 2001*

19. Reflejos de Cristo
* No se había publicado
20. En la brecha
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, , el domingo 7 de octubre de 2001
21. Buscando lo excelente
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 14 de octubre de 2001
22. Tiempo de decidir
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 28 de octubre de 2001
23. Venciendo las tentaciones
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 4 de noviembre de 2001
24. Hay que ser como un niño
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 5 de agosto de 2001
25. Despierta al niño que vive en ti
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 7 de abril de 2002
26. De la amistad
* Publicado por primera vez en la Revista “Por Dentro” del periódico “El Nuevo Día” el sábado 14 de abril de 2001, pág. 82
27. La flor del camino
* Publicado por primera vez en la columna “Rocío para el alma” de la Revista “El Vigía” de la Iglesia Bautista de Carolina, el domingo 12 de agosto de 2001
28. Fantasía del año 2300
* No se había publicado

29. Breves pensamientos de un árbol

** Publicado por primera vez el anuario de la clase graduanda de 1965 de la Escuela Superior de la Universidad de Puerto Rico*

Acerca de la autora

Gilda Orlandi se graduó Magna Cum Laude con un Bachillerato en Artes del Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, terminando una concentración mayor en Drama y una concentración menor en Estudios Hispánicos. Posee una Maestría en Bellas Artes con concentración en Teatro de New York University. Durante varios años trabajó como actriz, tanto en Puerto Rico como en New York. Ha sido libretista y productora de radio y televisión educativa. Es Catedrática Asociada y Coordinadora del programa académico de Comunicación y Mercadeo del Departamento de Humanidades, en la Universidad Metropolitana en Río Piedras. Es consultora y recurso para talleres sobre *Comunidades de Aprendizaje, Manejo de conflictos, Manejo de situaciones de crisis, Religiones comparadas, Islamismo, Redacción y producción de libretos, Cómo estudiar con los hijos, Presentaciones personales efectivas, Oratoria y dicción, Actuación*, entre otros.

En 1973 conoció a Cristo. Desde entonces, servirle a El ha sido prioridad en su vida. Ha desempeñado diversas tareas en la viña del Señor. Entre estas, diaconisa, maestra de escuela bíblica para nuevos convertidos, líder de células de oración y líder de ministerios de apoyo a personas solas. Es predicadora. Ha tenido a su cargo programas cristianos en estaciones de radio. Ha sido miembro de juntas directivas en estaciones de radio y librerías cristianas. Ha viajado a muchos países para hacer labor misionera, sobre todo entre las comunidades de indios Waraos en las selvas del Río Orinoco en Venezuela. Es miembro activo en la Primera Iglesia Bautista de Carolina, en Puerto Rico, donde se desempeña como líder laico. Ha publicado los siguientes libros: “Del círculo oscuro a la luz”, “Arriba el telón”, “El Dios nuestro de cada día”, “Poemas del nuevo nacimiento” y “Poemas para mi niño”. Ha escrito artículos de reflexión *“Estampas del Camino” por Gilda Orlandi*

cristiana para la columna “Del Alma”, en la revista Por Dentro del periódico El Nuevo Día y tiene a su cargo la columna semanal “Rocío para el alma”, en la publicación El Vigía de la Primera Iglesia Bautista de Carolina. Produce y anima junto a su amiga y compañera ministerial, la Capellana Maggie Natal., el programa de radio titulado “Oasis en el Desierto”, que se transmite todas las semanas por Radio Vida.

Se le puede llamar al teléfono (787) 762-2236 (número de Puerto Rico), o se le puede escribir a través del correo electrónico a: gilda@writeme.com .